

LAS LECCIONES DEL CAPITÁN
por Juan Luis Gallardo

Para los argentinos que se esfuerzan

por seguir amando a su Patria.

I

Tres golpes sonaron, débiles, en la puerta.

James J. Jones abandonó sobresaltado la lectura del libro que tenía entre manos, se incorporó velozmente y, con cuatro zancadas, alcanzó un rincón del cuarto. Tomó el fusil que allí estaba, imprimió un vaivén a la corredera y, empuñada el arma, se acercó a la puerta. Quitó el cerrojo, retrocedió y se plantó en medio de la habitación, dirigido el fusil hacia la entrada.

-*¡Come in!*- gritó entonces.

Se abrió la puerta y, en el vano, iluminada por el resplandor rojizo que difundía la lámpara de petróleo, se recortó una figura imponente, destacándose contra el fondo oscuro de la noche borrascosa.

+++

James tenía dieciséis años recién cumplidos. Pese a su corta edad era el único ocupante de un puesto situado en las estribaciones de los Montes Hornby, próximos al Estrecho de San Carlos, en la Gran Malvina. No sobraban, por cierto, quienes se mostraran dispuestos a vivir en esas soledades, lo cual facilitó la gestión del muchacho cuando se postuló como puestero ante el administrador de la compañía que allí criaba ovejas merino australiano. Su juventud, a los ojos del administrador, aparecía compensada por el aire vivaz del postulante que, además, pudo acreditar cierta experiencia en tareas ganaderas.

Inglés para los ingleses, resultaba sin embargo argentino para los argentinos. Había nacido en la Patagonia y era hijo del capataz británico de una estancia y de Rosario Jara, una criolla que murió en el parto, la inicial de cuyo apellido anteponía al paterno, en homenaje a su memoria y tal como suelen hacer los ingleses, que usan como último nombre el apellido de la madre.

El más ferviente deseo del padre de James había sido reunir un capital para comprar campo en las Islas Malvinas, por las cuales sentía una extraña fascinación.

Pero no llegó el hombre a cumplir sus sueños pues también murió joven, en una turbia pelea de un turbio boliche en Caleta Olivia. Prematuramente huérfano y habiendo recibido por única herencia aquella fascinación extraña, el chico logró pasar al archipiélago agregado a una comparsa de esquiladores chilenos que, partiendo de Punta Arenas, viniera a concluir en las islas su periódico periplo trashumante.

Transformado en un perfecto *kelper*¹ y súbdito de la corona, muy pocos sabían que esa segunda jota -de las tres que formaban sus iniciales- correspondía a un apellido que nada tenía de británico.

+++

La existencia de James en el puesto solitario de una inmensa estancia malvinera era decididamente monótona.

Vinculado el puesto por radio con el casco, la esquila constituía el único acontecimiento relevante que allí tenía lugar a lo largo del año. Concluidos esos días de ajetreo y bullicio, la actividad del muchacho se reducía a recorrer un dilatado sector del establecimiento en procura de novedades que jamás ocurrían. Para realizar tal tarea se valía del caballo o de una arcaica motocicleta BSA de 350 c.c., que conducía con la misma pericia con que montaba su zaino.

En cuanto al puesto, consistía en una construcción de madera que, desarmada, llegara de Liverpool en la bodega de un carguero, para ser luego ensamblada al reparo de una ladera y cerca de un arroyo que, bajando de la montaña, formaba un "mallín"² antes de perderse en una gran turbera. Estaba asentada sobre pilotes, tenía techo de chapas color verde y una galería con baranda le daba la vuelta. Dentro, una estufa de hierro templaba el único cuarto, que albergaba la cama, una mesa, pocas sillas y una pequeña biblioteca, mejor provista de lo que pudiera prever un visitante casual. De las paredes colgaban una tijera de tusar, un lazo, dos cabezadas y una cantimplora. El baño ocupaba una esquina de la habitación, separado de ella por dos tabiques en ángulo.

+++

La Guerra de las Malvinas constituye un jalón rojo que divide en forma indeleble la historia de las islas, profundamente modificada por ella. Muchos de sus pobladores la recuerdan nítidamente, pues fue el acontecimiento de mayor relieve ocurrido durante sus vidas. Vidas rústicas de pastores marginales, que un buen día se vieran transformadas por la irrupción súbita del huracán de la aventura, al convertirse el

¹ Natural de las Islas Malvinas.

² En la Patagonia, remanso formado por una corriente de agua, superficial o subterránea.

archipiélago en centro del interés mundial, en ojo de una tormenta bélica singular, cruenta y romántica a la vez.

No es difícil establecer los motivos que llevaron a que tales acontecimientos quedaran profundamente grabados en la memoria de los kelpers. Baste para ello imaginar cómo debió impresionarlos observar, cierta mañana, el tránsito de poderosos vehículos anfibios argentinos por las calles de Port Stanley, escuchar las órdenes impartidas en español por oficiales que llevaban la cara tiznada, ver el vuelo repetido de los pesados *Hércules* cuyas siluetas se recortaban contra el cielo gris. O, más tarde, sentir que el suelo se estremecía bajo sus pies a influjos del estallido de los obuses disparados, en sucesión interminable, por aquellos buques estacionados casi sobre la línea del horizonte en la penumbra del atardecer.

La permanencia de los argentinos en las Malvinas, por otra parte, permitió a sus pobladores participar en la lucha, ser protagonistas de una guerra que fue *su guerra*. Y ya se sabe que el de sus guerras es un tema recurrente en las conversaciones de los hombres, así como el de sus partos lo es en aquellas que sostienen las mujeres. La población civil del archipiélago tomó partido en efecto, unánime, a favor de su metrópoli, según era de prever. Y, desde el primer momento, se constituyó en una vasta *quinta columna* que tuvo por objeto hostigar a los argentinos quienes, ingenuamente, pretendieron ganar la buena voluntad de los isleños comportándose versallescamente con ellos. Así, los kelpers formaron una suerte de Servicio de Inteligencia que informó minuciosamente a sus compatriotas sobre todo cuanto podía resultarles de interés respecto a las fuerzas ocupantes. Y su colaboración fue sumamente útil para el mando británico.

+++

James no vivió la Guerra de las Malvinas, pues había llegado a ellas mucho después de capitular el general Menéndez, ingresando bajo el amparo que le prestara su ascendencia inglesa y el hecho de arribar en compañía de esquiladores chilenos. Ello no quiere decir sin embargo que se hubiera mantenido inmune a la influencia de sus secuelas. Ni tampoco que no topara con sus rastros tangibles que, de mil maneras, se seguían haciendo presentes en las islas.

Alguna vez, arreando ovejas, la explosión de una vieja mina antipersonal había dispersado el rebaño. Otra, mientras recorría a caballo la cumbre de una colina, descubrió los restos informes de un *Harrier*³, dentro de cuya cabina pudo atisbar, horrorizado, una calavera amarillenta bajo el casco del piloto. Y, junto al cadáver de un soldado argentino, halló el fusil FAL que conservara consigo, adquiriendo notable

³ Avión de combate británico apto para despegue vertical.

destreza en su manejo, ya que la munición correspondiente abundaba entre la población desde 1982.

Pero el testimonio más elocuente de la guerra lo constituía, sin duda, la presencia misteriosa y ubicua de *El Capitán*, tal como lo llamaban los kelpers, en español y siempre respetuosamente.

Era El Capitán algo así como un espectro familiar fugazmente entrevisto cada tanto tiempo, sea en la Gran Malvina, sea en la Isla Soledad. Ignorábase cómo cruzaba el Estrecho de San Carlos, pero lo cierto es que aparecía indistintamente en una u otra de sus márgenes. Se decía de él que era un ex capitán del ejército argentino, destacado en Puerto Howard cuando la guerra del 82. Allí lo habría sorprendido la rendición final, que jamás acató. Permaneció en el archipiélago para atestiguar que los argentinos no se resignaban a abandonar lo suyo, viviendo errante en condiciones durísimas. Nunca hizo daño a nadie, reduciéndose en todo caso a carnear una oveja, sin que ningún propietario le hiciera cargo por ello. Durante los primeros años salieron varias patrullas en pos de El Capitán, sin dar con él; luego se abandonó la empresa, habituándose los ganaderos a admitir aquella presencia esporádica como algo natural. Así, de cuando en vez, alguien veía su silueta recortada contra el filo de una cresta, los perros pastores advertían su aproximación en noches de invierno o la huella de sus pasos quedaba impresa en laderas solitarias⁴.

James, naturalmente, conocía la existencia de aquel hombre enigmático, rodeado de un peculiar prestigio. Y hasta tal punto se sintió atraído por esa suerte de leyenda viviente que, siempre que tuvo oportunidad de informarse a su respecto, formuló toda clase de preguntas a cualquiera que, por alguna razón, estuviera en condiciones de responderlas.

La imagen del Capitán fue captada por innumerables cámaras fotográficas y quedó registrada en infinitos *videotapes* cuando el misterioso oficial hizo su sensacional aparición en la sala donde eran juzgados los atacantes del crucero británico *HMS John Lennon* y así fue descrita en tal oportunidad: *Era un hombre alto, de larga cabellera y barba espesa, plateadas. Brillaban sus ojos febriles en el rostro, curtido por mil intemperies. Se cubría con una gran capa de cuero de oveja, vuelta la lana hacia adentro. Al llegar al estrado quitóse la capa con gesto de monarca y, bajo la misma, apareció un uniforme raído, desteñido y arcaico... Pese a que El Capitán sabía inglés al llegar a las Malvinas, habiendo aprendido en sus correrías términos propios del habla lugareña, prefirió hablar en castellano. Era el suyo un lenguaje algo gutural, característico de quien haya permanecido largo tiempo en silencio, salpicado con expresiones fuera de uso... El aspecto del veterano sobrecojía. Había llamas en sus*

⁴ El pasaje corresponde a la novela "El penúltimo ataque", del mismo autor (BAESA, Buenos Aires, 1985), en la cual se presenta este singular personaje.

ojos y profundas arrugas surcaban su tez casi mineral. Movía las manos -manos de consistencia córnea- con amplios movimientos pausados y calzaban sus pies botas confeccionadas en piel de oveja. Del uniforme primigenio poco restaba, devorado por los años y el clima, pero sobre sus hombros brillaban aún las estrellas plateadas de su grado⁵.

Y así era la figura que se presentó a la vista de James, recortada en el vano de la puerta, iluminada por el resplandor rojizo que difundía la lámpara de petróleo, destacándose contra el fondo oscuro de la noche borrascosa.

+++

¡El Capitán!- exclamó James, conmovido. Y, de inmediato, bajó el arma que empuñaba y avanzó hacia el recién llegado.

La imagen que el muchacho tenía ante sí era, sin duda, la misma que sobrecogiera a los asistentes del juicio seguido contra los atacantes del *Lennon*. Pero, a la vez, muchos cambios se observaban en ella.

Un gorro negro, tejido, le cubría la cabeza, llevaba una incongruente bufanda de seda en torno al cuello y blancas briznas de nieve salpicaban la capa que lo abrigaba, la cual lucía oscura y húmeda. Se apoyaba en una suerte de báculo y un par de mitones de lona, confeccionados de modo elemental, protegía sus manos. Pero, sobre todo, el rostro del oficial era otro. Habían huido de él la arrogancia, la decisión y el apasionamiento que registraran las placas donde apareciera, años antes. Mostraba una intensa palidez y en sus ojos no se reflejaba ya la fuerza de un fuego interior, alimentado por la exaltación del espíritu, sino el brillo de una fiebre devoradora de origen orgánico. Era aquella una persona gravemente enferma y pronto advirtió James que había llegado hasta su puerta mediante un esfuerzo supremo, agotando el último impulso de su energía claudicante. Tanto era así que, al quedar franca la entrada, El Capitán tambaleó y habría quedado tendido en el piso si el muchacho no lo hubiera recibido en sus brazos para evitar la caída.

Aunque James era robusto, vaciló bajo el peso inerte de su inesperado visitante. Lo sostuvo no obstante, con un gesto casi materno, mientras aspiraba el olor acre que exhalaba el viejo oficial. Un olor curioso, donde se mezclaban fragancias de humaredas y de tierra mojada, de musgo, de vellones, de salitre. Era aquel, en fin, el olor del clima, del paisaje, el aroma de las islas.

Lo transportó con esfuerzo, tendiéndolo en su propia cama. Le quitó la capa y la chaquetilla, apareciendo entonces, debajo de ésta, una bandera argentina adornada

⁵ Cfme. novela citada.

con el sol, ajada y descolorida, que El Capitán llevaba terciada sobre el pecho. Lo despojó enseguida del calzado y lo cubrió con dos ponchos. Salió en busca de leña, atiborrando con ella la salamandra que caldeaba el cuarto. Pese a que el visitante estaba sin sentido, al rato su respiración fue adquiriendo un ritmo más apacible.

Poco sabía James de medicina pero, siendo claro que la fiebre consumía a su huésped, recurrió a un frasco de antibióticos y le suministró una fuerte dosis, dispuesto a repetirla con la regularidad prescripta. Y, sin contar con mayores seguridades respecto a sus efectos terapéuticos, reforzó el tratamiento con un largo trago de ginebra, que hizo trasegar al enfermo en cuanto abrió los ojos por un momento. Después llenó con agua caliente un porrón vacío y lo colocó a sus pies. Por fin, sin apagar la lámpara, se tendió en el piso, cerca suyo, en un lecho que improvisó con algunas mantas y poniendo su montura por cabecera.

De vez en cuando, a lo largo de la noche, El Capitán deliraba, pronunciando frases o palabras que, probablemente, arraigaban en lejanos recuerdos: secas voces de mando, fragmentos de algún poema y un repetido nombre de mujer. Afuera bramaba la tormenta y el vendaval estremecía las tablas de la cabaña.

II

Hacia esa época del año amanece tarde en las Malvinas. Serían cerca de las ocho y media de la mañana cuando el alba fue pintando rectángulos grises en las ventanas y amortiguando, por contraste, el resplandor de la lámpara que seguía encendida.

James, que sólo había dormido a ratos, se despertó con la sensación de sobresalto que produce hacerlo después de la hora acostumbrada. Apartó las mantas que lo cubrían y se enderezó sin demora. El Capitán descansaba con un sueño tranquilo. Después de haberse abrigado, el muchacho salió en procura de más leña, reabasteció la salamandra, se lavó la cara y se ordenó el pelo revuelto, poniendo agua a calentar. Pronto, el olor reconfortante del café invadía la habitación.

Una vez que hubo desayunado, James consideró la situación. Puesto a actuar como correspondía, debía comunicar la novedad por radio, informando al administrador de la estancia. Pero sabía que de tal modo comprometía la libertad de El Capitán. Éste en efecto seguía siendo formalmente un prófugo. Aunque nadie le hubiera echado mano al aparecer intempestivamente ante el tribunal de Port Stanley, su condición nunca varió. Para las autoridades argentinas se trataba de un oficial que, no habiendo acatado la orden de rendición impartida en 1982, tampoco se había presentado luego en el destino que se le asignara, dándosele de baja del Ejército. Para los ingleses era un invasor que, a despecho de su propio gobierno, persistía en actitud beligerante sin

evacuar el territorio invadido. Y, por mucho que las órdenes de captura libradas a su respecto hubieran caducado de hecho, pues nadie se preocupaba ya por darles cumplimiento, lo cierto es que no estaban expresamente derogadas y permanecían vigentes. James, en consecuencia, resolvió mantener en reserva la inopinada llegada del argentino, imponiéndose como una obligación ampararlo y velar por él hasta que se recuperara. Un oscuro impulso solidario lo llevó a ello y no se planteó demasiadas preguntas para establecer las razones que lo sustentaban.

Cuando llegó el momento de administrar otra dosis de antibiótico al enfermo, lo sacudió suavemente. Abrió éste los ojos y paseó la mirada por el cuarto, como interrogándose en cuanto al lugar donde se hallaba. Dio la impresión de poner orden en sus ideas y, mirando al muchacho, musitó:

- *Thank you.*

James le apretó el hombro amistosamente, aclarándole con voz pausada:

-Hábleme en español, si quiere... Nací en su país y viví allí mucho tiempo.

-Ya lo sabía, Jaime- respondió El Capitán que, según era público y notorio, nada ignoraba de lo que ocurría en el archipiélago.

-Está bien, no se canse.

-Estoy mejor.

-Se nota. Pero igual tome esto y siga descansando.

-Gracias, de nuevo- dijo el oficial y, tragando las pastillas, volvió a dormirse.

+++

Ese día, James no salió a recorrer. Sabía que era muy poco lo que podía pasar durante un par de jornadas en esos lugares. Cocinó para él y para su huésped, puso música suave en un aparato que funcionaba con la energía que le suministraba un acumulador de automóvil, leyó a ratos. El Capitán permaneció en una duermevela que le iba devolviendo el vigor perdido. No había vuelto a delirar y, al caer la tarde, bebió un tazón de caldo que le alcanzó su samaritano. Durmió de un tirón hasta la mañana siguiente.

+++

-Hacé lo que tengas que hacer- dijo El Capitán a James, devolviéndole el jarro de café que éste le preparara para el desayuno. -Yo puedo valerme.

-No se apure. Usted estuvo muy mal y no es cosa que vuelva a empeorar. Nadie sabe que está aquí y para mí es un gusto poder ayudarlo. Eso sí, hoy voy a salir un rato para ver cómo anda todo. Usted se queda a cargo de la casa, pero ni se le ocurra levantarse. Comeremos cuando yo vuelva.

-Por ahora mandás vos, muchacho. De manera que: a la orden, mi coronel- respondió El Capitán con ironía.

Después de echar una ojeada de inspección en torno, James salió, cubierto con una gruesa campera de cuero, metida una boina hasta las cejas y protegidos los ojos por un par de antiparras. Montó en su BSA y emprendió la marcha a campo traviesa. El zumbido del motor ponía una nota discrepante en esas vastas soledades donde imperaba el silencio, apenas quebrado por los balidos de alguna oveja, el graznar de las aves marinas y el gemido del viento.

+++

Una nueva rutina, provisoria, establecióse en el puesto ocupado por James. Al quinto día posterior a su llegada, El Capitán estaba recuperado. Se movilizaba dentro de la casa y cumplía pequeños menesteres en las proximidades, fuera de ella. Su debilidad, sin embargo, seguía siendo extrema. Años de pésima alimentación habían afectado su robusto organismo, facilitando el embate de la neumonía que casi lo llevara a la tumba. James, por su parte, cumplía sus tareas habituales, salía por la mañana, regresando a mediodía, y volvía a salir por la tarde, ora a caballo, ora en motocicleta. Se encargaba de carnear y, regularmente, establecía contacto por radio con la administración del campo, a la cual comunicaba las novedades, salvo la presencia de El Capitán en la cabaña. Éste, por fin, se dispuso a partir.

-Ya es hora de que me vaya- dijo una mañana. -La fiebre cedió y no me quedaré a vivir aquí eternamente. Estoy abusando de tu hospitalidad.

-Usted no se va todavía. Aunque le cueste reconocerlo, no está del todo repuesto y sigue débil. Además... ¿adónde iría?

-A todas partes y a ninguna. Como hasta ahora. Seguiría cumpliendo en las Malvinas la misión que me he impuesto. Y esa misión no consiste en quedarme cómodamente instalado en una buena casa, atendido a cuerpo de rey por un muchacho generoso. El sacrificio es parte de mi cometido.

-Así será, si usted lo dice. Pero resulta que ha contraído una deuda conmigo y se la pienso cobrar.

-Está bien- admitió El Capitán, con un dejo de sorpresa en la voz. -Vos dirás cuánto te debo.

-Vea, Capitán, creo que merezco una explicación. Hasta hoy, para no molestarlo, para no meterme en sus cosas, no le he hecho preguntas. Pero quiero saber quién es usted, cuál es esa misión que se ha impuesto, porque permanece en las islas como un puma solitario...

El militar se quedó callado, mirando el vacío, olvidado el mate que le entibiaba el cuenco de la mano. Caviló un largo rato y dijo por fin:

-Mi misión es un testimonio. Y, a veces, para enriquecer el sentido de un testimonio, conviene explicarlo. Nunca he hablado sobre esto. Pero quizá convenga hacerlo. Sería una manera de completar mi misión. No sé si te diré quién soy yo. Pero te voy a decir quién sos vos.

-¿Cómo que quién soy yo?

-Sí. Tu vida es una hoja casi en blanco, donde todo está por escribirse aún. Como las demás vidas, cuenta con condicionamientos, con influencias sutiles o robustas que la habrán de determinar. Pero apenas si has tomado el timón para imprimirle un rumbo, para definir su objeto. Y, aunque sea una petulancia suponer que los hombres seamos realmente artífices de nuestras existencias (el *self made man* es un personaje utópico y fatuo), algo influimos sobre ellas. Te puedo ayudar en eso. Y sé que necesitás ayuda. Acaso más ayuda que otros. En parte porque sos muy joven. En parte porque todavía no conocés siquiera tu nacionalidad que, contrariamente a lo habitual, estás en condiciones de elegir. De elegir ejerciendo esa opción ardua, alegre y dolorosa que significa, siempre, responder a una vocación.

-No entiendo lo que está diciendo.

-Seré claro. Vos todavía no sabés si sos James J. Jones o Jaime J. Jara. Tu padre era inglés y tu madre criolla. Naciste en la Argentina. Sos británico para los británicos y argentino para los argentinos. Habrá que ver para vos qué sos. Será la tuya una opción del corazón.

-¿Cómo sabe tantas cosas de mí?

- Sé muchas cosas. De las que atañen a las Malvinas, casi todas. De las demás, unas cuantas. Todo aquel que haya pasado años y años en soledad, hablando con Dios, con la naturaleza y consigo mismo necesariamente sabrá muchas cosas. Y tomará conciencia de todas las que ignora.

-¿Vé que debe quedarse, Capitán?

-Me quedaré un tiempo. El preciso para tratar con vos varios temas fundamentales. Entre ellos los que te ayuden a dilucidar quién sos. Seguiré un cierto orden para desarrollarlos y le asignaremos una noche a cada uno. Advierto ahora que eso es parte de mi misión. La Providencia ha dispuesto los acontecimientos de manera que pudiera advertirlo. Te hablaré como se habla a un hijo. A ese hijo que no tuve y que hubiera querido tener. Porque es verdad que, para que una vida sea completa, debe prolongarse en otra. Lo cual no quiere decir que ello esté gobernado por la genética. Ya que hay hijos de la sangre y hay hijos del alma. Claro que no agotaremos los temas en estas noches sucesivas. Es imposible agotarlos. Ni en cuanto a su número ni en cuanto a sus implicaciones. Respecto a su número, los temas son infinitos. Respecto a sus implicaciones, son muchas las que ignoro. Soy apenas un hombre de acción que ha reflexionado largo tiempo. Me reduciré a esbozar, entonces, aquellos temas que estime necesario plantear, dejando librado a tu inteligencia y a tu intuición abordar los que omita y redondear las deducciones que queden incompletas. No serán éstas las mil y una noches. Serán apenas veinte noches. Mi misión no admite demoras ni distracciones. Sería infiel a la vocación recibida si incurriera en ellas.

-Capitán, nadie lo apura.

-Me apura mi conciencia. No somos dueños del tiempo, no podemos derrocharlo. Y aunque nuestra tarea en las próximas noches no signifique dilapidar el tiempo, conviene fijar un plazo para cumplirla y atenernos a ese plazo. Disponemos de veinte noches. Después me iré.

-¿Adónde se irá?

-A completar mi misión. A terminar de prestar mi testimonio. Que es el testimonio de un soldado.

+++

DIOS

En la Noche Primera, mientras las soledades que envolvían el puesto prestaban su mudo testimonio respecto a una alta Presencia, habló El Capitán y dijo:

Soy partidario del orden, de modo que empezaré por el comienzo para tratar los temas que debo tratar. Así, comenzaré por hablar de Dios. Aunque hablar de Dios no sea una empresa fácil.

Alguna vez un soberbio se permitió afirmar que Dios es una creación humana: que fue inventado por el hombre para satisfacer una necesidad suya. Grandísima sonsera si vamos a ver.

Y digo grandísima sonsera porque el hombre es racional y racionales por tanto las construcciones de su mente. Así que mal pudo inventar algo que no entiende, que escapa por completo a los alcances de su razón estrecha, que lo desborda, que lo abrumba, que lo deslumbra, que lo anonada. Racionalmente, el hombre nunca pudo inventar un misterio.

¿Qué hombre, aún forzando su intuición hasta límites extremos, imaginaría un ser infinito, trastabillando su intelecto al plantearse la eternidad, exponiéndose al vértigo de representarse el no-espacio y el no-tiempo? ¿Qué hombre, para responder a una necesidad suya, podría proponer la economía de la Trinidad? ¿Qué hombre?

¿Qué hombre, para responder a una necesidad suya, pudo atribuir a Dios las cualidades simultáneas de ser infinitamente bueno y, a la vez, infinitamente justo? ¿Qué hombre?

¿Y qué hombre, para responder a una necesidad suya, pudo idear que ese cúmulo de perfecciones impensables viniera un día a encarnarse en carne de hombre para ser despreciado, insultado, escupido, enclavado, desangrado por puro amor nomás? Por amor a esa poca cosa que es un hombre y a esa poca cosa que somos todos los hombres, hechura rebelde de sus manos. ¿Qué hombre?

Grandísima sonsera suponer que Dios haya sido inventado por el hombre para responder a una necesidad suya. Grandísima sonsera, digo. Porque si a Dios lo hubieran inventado los hombres lo habrían inventado más fácil de entender. Aunque eso no significa que la idea de Dios lastime irremediablemente nuestra racionalidad de hombres. Pues, pese a que jamás podría ser producto de la razón, no la contraría y encuentra en ella un secreto asentimiento. Es por ese motivo que se necesita mucha fe para ser ateo.

Así como nunca podríamos haber inventado a Dios, tampoco podemos explicarnos al universo ni a nosotros mismos sin aceptar a Dios. No, señor.

Mucha fe hace falta para creer que el universo sea producto del azar, del capricho evolutivo de la materia ciega. Mucha fe hace falta para negarle a Dios el origen de la vida. Mucha fe hace falta para aceptar sin Dios la incongruencia de la muerte. Mucha fe hace falta para explicar sin Dios el equilibrio de las constelaciones y el concierto de los electrones. Y mucha fe hace falta para entender sin Dios el enigma del espíritu humano.

Frente a Dios no se trata, muchacho, de renunciar a esa chispa de la divinidad que es el entendimiento. Pero, ante Él, deberás poner tu inteligencia de rodillas, en actitud de amoroso acatamiento. Y deberás levantar tu corazón, rendido ante el misterio.

Ya sé que no ésta tarea sencilla. Pero tampoco resulta ardua en exceso. Porque allí en el fondo de nuestros entresijos, en las raíces que sustentan nuestra condición de criaturas, alienta un reclamo de absoluto y está sembrada una simiente de eternidad. Dios es un misterio insondable pero, sin el misterio de Dios, la existencia resultaría otro misterio, agobiador, cruel e impenetrable. Quien no acoja el misterio de Dios y lo ame, será aplastado por otros misterios subordinados, misterios de trocha angosta al fin de cuentas, que lo sumirán en la angustia sin remedio y en la perplejidad sin solución.

Algunos aceptan cuanto hasta aquí he dicho. Pero lo aceptan vagamente, sin extraer las consecuencias necesarias y rigurosas que derivan de ello. Toleran apenas la idea de un Dios fantasmal y abstracto, frente a la cual dicen inclinarse, negando sin embargo las prescripciones precisas de la religión verdadera, minuciosas e imperativas. Actuar de tal modo es también grandísima sonsera: aceptar lo más y negar lo menos.

Para presentar la cosa con claridad diré que quienes así se comportan son los que sostienen creer en Dios pero no creer en los curas. Como si no fuera más razonable creer en curas visibles que en un Dios invisible. Aquel que crea realmente en Dios, mal puede arreglarse para no acatar la religión y practicarla. El fenómeno que entraña la subsistencia de la Iglesia a través de los siglos, constituye por sí un

testimonio que nadie puede soslayar honradamente. De la Iglesia tachonada por las joyas rutilantes de sus santos, guarnecida por el claro intelecto de sus doctores, fragante en la pureza de sus vírgenes, ungida por la sangre luminosa de sus mártires, fecunda en la virtud de innumerables buenos cristianos anónimos y esforzados. Y, asimismo, sobrellevando incólume la pesada carga de los canallas, de los cobardes, de los farsantes que alberga en su seno.

Sin ignorar el papel que en esta materia juega la Fe -don gratuito- casi siempre el que niega la religión lo hará impulsado por dos motivos: el orgullo y la pereza.

Por orgullo pues el hombre, desacatado y turbulento, se revuelve contra toda limitación impuesta a sus razonamientos y a sus instintos, ocurriendo que los dogmas pondrán límite a aquéllos y la moral freno a éstos. Límite y freno necesarios, ya que la razón desprovista de límites se extravía y los instintos, desprovistos de frenos, tiranizan. De manera que los hombres, en pos de una liberación presuntuosa, acaban siendo esclavos de las locuras de su razón extraviada y de la tiranía de sus instintos insaciables. En cuanto a la pereza, se opondrá inevitablemente a las exigencias que la religión supone.

Has de admitir a Dios en tu corazón, porque si no tu corazón se agitará inquieto y angustiado, según lo comprobó Agustín de Hipona. Has de admitir a Dios en tu inteligencia, porque si no tu inteligencia perderá el rumbo. Y admitido lo más admitirás lo menos, practicando la religión verdadera. Practicarás la religión piadosa y estrictamente. Y en tu piedad ocupará lugar destacado la devoción a quien es Madre de Dios y que Dios te dio por Madre tuya: a Dios llegarás por Jesucristo y llegarás a Jesucristo por la Virgen Santa María.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Primera.

OCCIDENTE

En la Noche Segunda, mientras hacia el poniente se apagaba la claridad de un largo ocaso, habló El Capitán y dijo:

Occidente no es el oeste. Porque se puede nacer occidental en el norte y en el sur, en el este y hasta en el oeste. En América y en África, en Asia, en Oceanía y hasta en Europa. Del mismo modo que se puede nacer aristócrata en un palacio o en un conventillo, de padres nobles o humildísimos, mal que les pese a los resentidos y a los tilingos.

Occidente no es el oeste. Aunque quepa afirmar que fue en tierras de la vieja Europa donde arraigó la semilla de Occidente, difundida luego a voleo por los cuatro rumbos del planeta.

No me gusta mencionar a Occidente sin embargo. Pues, al mencionarlo, se está cediendo de algún modo a la cobardía, supone una agachada y un escamoteo. Para hablar derechamente hay que referirse, sin vueltas, a la Civilización Cristiana. Y me pongo de pie para nombrarla.

(Dicho lo cual, El Capitán se enderezó, iluminados los ojos, y alzó el vaso que tenía en la mano, con ademán ritual. Por no ser menos, consciente de adherir así a un ceremonial cuyos alcances ignoraba aún, James J. Jones se levantó también, apurando un trago de ginebra cuando El Capitán hizo otro tanto. Después, éste siguió hablando).

El cristianismo es una religión. Una religión universal y perdurable. De modo que podría aparecer como ilegítimo vincularlo con una civilización determinada, relacionada con tiempos y lugares. Ocurre sin embargo que en el hombre se reúnen cuerpo y alma. De igual forma, cuando una religión perdura operativamente a lo largo de los siglos, a su esencia espiritual se añadirá una encarnadura cultural que habrá de

corresponderse íntimamente con ella. Así, la influencia formidable del cristianismo sobre la conducta de los hombres, encaminada a la salvación de sus almas, condicionó la conducta temporal de personas y pueblos.

Cuando un hombre es cristiano de veras, su quehacer estará presidido por imperativos de Justicia y Caridad, que otorgarán un carácter determinado a su actuación política y social. Cuando un hombre es cristiano de veras, amará a la mujer de cierta manera y constituirá en consecuencia una familia signada por rasgos inconfundibles. Cuando un hombre es cristiano de veras, sabrá cuando y cómo ha de guerrear, sabiendo también cómo y cuando no ha de guerrear. Cuando un hombre es cristiano de veras se inclinará ante la Belleza -atributo divino- y ejercitará las artes acatando reglas inmutables y poniéndolas al servicio de la Verdad y la Armonía.

Y, cuando un hombre es cristiano de veras, pecará sin duda pero se abstendrá de erigir el pecado en norma de conducta. Así, no se verá libre de la soberbia pero no la incluirá en su escala de valores. Y claudicará ante la ira, sin justificarla. Y cederá a la lujuria, cuidándose no obstante de presentarla como un derecho de su naturaleza.

Todo ello determinó que el cristianismo, acaso sin habérselo propuesto explícitamente, fundara una Civilización incomparable, como vertiente secundaria de su cometido trascendente. Civilización ésta que no comenzó con el cristianismo, pero a la cual le otorgó un sello definitivo, aportándole elementos de tal virtualidad que la distinguen inequívocamente de una mera conjunción de elementos preexistentes.

Recibió la luz de Grecia y el vigor de Roma. El silogismo griego y el arco romano. La intuición premesiánica de Aristóteles y la equidad austera del Derecho. El rigor del pensamiento y el espacio que facilitaría su difusión inicial. Ya que la filosofía pagana del Egeo y el orden que impusieron las legiones imperiales fueron, paradójicamente, presupuesto necesario para la expansión de un mensaje de Fe y de Amor.

Sobre esos cimientos históricos y culturales, conformados por la inteligencia helena y la fuerza latina, se alzaron a la vuelta de los siglos las construcciones asombrosas de la Civilización Cristiana: sus labradas catedrales; el edificio intelectual de la Suma; el entramado de sus leyes y sus canciones, de sus viñas y sus refranes.

Tengo para mí que esta Civilización tuvo un momento cumbre, un instante de maravilloso equilibrio a partir del cual comenzó una lenta decadencia, cuyas etapas finales atisbo con angustia. No importa que tal ápice estuviera rodeado por las turbulencias y las miserias, por las crueldades y las traiciones que acompañan,

indefectiblemente, las empresas de los hombres. Pese a ellas, la escena que he de describir reúne un conjunto de perfecciones que la tornan única, arquetípica, definitoria.

Promediaba el siglo XIII y podría tratarse de un mediodía, según cuadra mejor al carácter cenital de la instancia. El aire es diáfano, maduran las mieses al sol y en los bosque murmuran follajes de robles, olmos y fresnos. Todas las campanas de Europa saludan el saludo del Angelus. Estamos en París, ciudad colorida, bulliciosa, maloliente, donde caballeros y mendigos, artesanos, menestrales, frailes, buhoneros, cambistas, soldados y tahures se han descubierto para unirse al tañido que saluda el saludo del ángel a María, utilizando en su oración un latín galicado y sonoro. En una sala del palacio real, luminosa y abovedada, dos hombres están de pie, repitiendo el alto diálogo que hizo posible la Redención. Se trata del Rey de Francia, que es un guerrero santo, y de un fraile con hábito blanco y negro, santo también, que posee la inteligencia más prodigiosa que alguien haya poseído jamás: Luis IX y Tomás de Aquino. Luis rige a la sazón una de las naciones más poderosas del globo; Tomás escribe la Suma, obra cumbre del talento humano. Y allí cerca, por encargo del monarca, alegres canteros edifican la Saint Chappelle, filigrana de piedra y cristal, prodigio de luces y volúmenes, dechado de Belleza.

Momento supremo sin duda. Rezan juntos el rey santo de una gran nación y el santo filósofo que, bautizando el legado del pensamiento clásico, compondría obras sin parangón mientras, en las cercanías, la Buena Gente que conforma el pueblo fiel plasma la Belleza con su trabajo esforzado. En ese instante supremo, antecedido por el ascenso de una larga cuesta histórica y sucedido por el descenso de otra cuesta larga, queda plásticamente representado el prodigio de la Civilización Cristiana.

Civilización a la que tenemos el honor y la responsabilidad de pertenecer. No por imperio de la sangre y la geografía sino por decisión del espíritu. Seamos leales con ella. Y recordemos, una vez más, que Occidente no es el oeste.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Segunda.

PATRIA

En la Noche Tercera, mientras la tierra desterrada del archipiélago suspiraba en su exilio insular, habló El Capitán y dijo:

La Patria es una medida natural, conceptual y necesaria, entre la sobrecogedora dimensión planetaria y el ámbito entrañable del hogar. En la familia hallará el hombre su insustituible contorno y diversos vínculos, obvios, robustos, lo relacionan con ella, librándolo de la soledad y el ensimismamiento. Mientras el mundo constituye su anclaje en el cosmos, configurando el teatro para ejercitar la solidaridad genérica de la especie. Hay en el corazón humano nobles requerimientos que lo impulsan a expandirse más allá de la familia. Pero ese corazón vacila al asomarse a la escala desmesurada del planeta, ignorada e inhóspita. Por ello, entre la intimidad hogareña y la desmesura planetaria se yergue la figura de la Patria, hospitalaria y exigente.

Contar con una Patria obedece a determinaciones divinas y humanas. Es producto de la Providencia, de los paisajes y de la biología, fruto de circunstancias impuestas pero también de determinaciones personalísimas. La Patria nos es dada como un don y se elige como una opción. Como un don que hemos de agradecer y sobrellevar. Como una opción ardua e irrepetible que supone un compromiso. Y que determina gozos y penas, angustias y entusiasmos.

Dado que asumir la Patria implica una elección, cabe por cierto la posibilidad de negarse a asumirla, eludiendo el compromiso que tal asunción conlleva. Y, en ese supuesto, el apátrida disfrutará de algunas ventajas: ser un hombre liberado de ciertas responsabilidades y de ciertos deberes, inmune al dolor peculiar que deriva de acatar la

Patria: de acatarla con todas sus miserias y todas sus llagas, incluso con la carga de ridículo que puede acarrear concederle categoría de ideal a una realidad mezquina, de tratar como reina a quien se conduzca a veces igual que una ramera. Tales serán los privilegios de que disfrute el apátrida.

Pero dichos privilegios tendrán como contrapartida privaciones desoladoras. Pues el hombre sin Patria se verá en la situación que aflige a los condenados en el infierno: carecer de peso e, ingravidos, flotar sin sustento en un espacio hostil o, cuando menos, indiferente. Poseerá la libertad del hijo sin padres, del perro sin dueño, del árbol sin raíz, del pájaro sin nido.

Porque ocurre que la Patria es eje y quicio para el hombre. Le impondrá la medida de sus afectos y trazará la frontera de sus responsabilidades. Pues, aunque el corazón del hombre haya sido creado para desbordarse en el universo, sus limitaciones le imponen un orden de prelación, una escala para ascender en la gradación de sus quereres. Una escala que va de lo poco a lo mucho, de lo pequeño a lo grande, de lo próximo a lo remoto, de lo conocido a lo ignorado. Y, en tal escala, la Patria significará un peldaño irremplazable, una etapa ineludible, la posada acogedora en un viaje largo y azaroso.

Si la familia es una Patria reducida, la Patria será una familia dilatada. Su existencia presta la clave para entender y amar muchas cosas. Para entender a todos los hombres por decifrar a algunos hombres. Para entender toda la Naturaleza por amar ciertos paisajes, donde el sol se hace propio en ocasos diferentes y donde las estrellas brillan de otro modo. Para entender la significación definitiva del lenguaje, completada por la modulación del tono y afirmada en la clave del gesto. Para entender que la ausencia de los muertos es presencia imperativa. Para entender que la sangre no es un humor orgánico. Para entender, en fin, que el patriotismo es un egoísmo generoso, capaz de sustraernos a la cobardía de aislarnos.

Y sucede asimismo que la Patria, de la cual hemos de estar tercamente orgullosos, constituye eficaz medicina contra el orgullo, la soberbia, el engreimiento. Pues, salvo que resolvamos privarnos de ella, se nos impone sin opción, como el aspecto o el apellido. De modo que aceptarla tal cual sea significa un acto de humildad y acatamiento. O consumamos la deserción del apátrida o admitimos la Patria que se nos conceda, con todo su pasado y todo su presente, resueltos a forjar su futuro.

Por eso hemos de ser tolerantes y exigentes con la Patria. Ejercitando para con ella la tolerancia que merecen los padres y la exigencia que requieren los hijos.

Amar a la Patria no deviene tan sólo de una efusión del corazón. Alguna vez, es cierto, nos ganará el pecho una emoción imprevista, quizá al oír un galope lejano

que quiebre el silencio de la llanura, quizá al aspirar el aroma que anticipa la llegada de un chaparrón veraniego, quizá al ver arriar la bandera cuando atardece. Pero, habitualmente, amar la Patria será una empresa fundada en el empeño y sostenida por el deber. Una empresa viril que nos llevará a cerrar los ojos ante ciertas realidades evidentes y a observar con detenimiento otras realidades apenas perceptibles.

Amar la Patria, en efecto, supondrá la deliberada petulancia de afirmar que no hay Patria como la nuestra. No obstante admitir racionalmente la eventual falsedad de tal aserto. Supondrá tenerla por la más noble, por la más bella, por la más generosa, por la más osada, por la más prudente, por la más amable en suma. Pese a sospechar -como quien lidia con un mal pensamiento- que no sea ninguna de esas cosas.

En esta razonada arbitrariedad se basa, al fin de cuentas, la posibilidad de prever la conducta de las naciones y de organizar su armónica convivencia. Porque excluirla equivaldría a derogar la ley de gravedad para anticipar el comportamiento de los cuerpos en el vacío o a desechar el instinto de conservación para imaginar la reacción de un animal. La locura, la fantasía, el ideologismo se derramarían por el mundo y el caos cundiría por doquier.

Temo, respecto a la Patria, tanto al escepticismo como a la prodigalidad. Temo al escepticismo que, invocando pragmático realismo, se solace en revelar las miserias y las llagas de la Patria, eludiendo el ridículo que podría derivarse de otorgar categoría de ideal a una realidad mezquina, de tratar como reina a la que se conduzca como ramera. Y temo a la prodigalidad frívola que, al exaltar la solidaridad de la especie, olvide el amor a los próximos. Y que, al volcarse sobre la dimensión desmesurada del planeta, soslaye el apego primario al solar propio.

Que te sirvan estas reflexiones, muchacho, para elegir con acierto tu Patria. Por desgracia o por fortuna está todavía en tus manos esa opción singular, que podrás afrontar desde una posición privilegiada. Escucharás a tu corazón y a tu intelecto, te valdrás del raciocinio y del palpito, atenderás al pensamiento y al instinto. Pero, una vez que hayas optado, será la tuya una elección definitiva. Te ajustarás a ella contra viento y marea, procediendo en consecuencia a pesar de los pesares. Porque, desde ese instante, habrás adquirido un dolor intransferible y un gozo irrevocable.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Tercera.

CULTURA

En la Noche Cuarta, mientras los prados sin labranza de la Gran Malvina dormían su sueño fósil, habló El Capitán y dijo:

El de la cultura es un tema grato a los petulantes y a los macaneadores, a los funcionarios ignorantes y a los literatos de pacotilla. Circunstancia ésta que no resulta suficiente, sin embargo, para desconocer su importancia capital. Ya que en torno a la cultura se libra hoy una guerra sin cuartel, el curso de cuyas acciones no nos resulta favorable.

Funcionarios y literatos se obstinan en definir la cultura. Pese a que las definiciones sirvan para poco pues, cuando son suscintas, excluyen aspectos menudos que resultan insoslayables, y, si son extensas, no sirven como definición.

Funcionarios y literatos se han inclinado por definir la cultura de manera amplia. Cosa que permite a los funcionarios del área específica expandir sus dominios y permite a los literatos opinar sobre cualquier cosa. Así, unos y otros, suelen afirmar enfáticamente que "cultura es todo".

Cuando un funcionario o un literato afirman que cultura es todo quieren señalar que ella abarca la totalidad de las actividades del hombre, incluyendo manifestaciones tales como los insultos que la tribuna prodiga a un réferi de fútbol o las leyendas chanchas que adornan los mingitorios ferroviarios. Y a mí se me hace que eso es falso.

El término cultura deviene de cultivo, en el sentido chacarero de la voz. Se vincula con el laboreo de la tierra, con esa alta tarea que no permite improvisaciones ni devaneos. Y quienes relacionaron la cultura con la labranza fueron los romanos, que no hablaban por hablar. De manera que, para otorgar a nuestras interrogaciones un punto de partida firme, es bueno atender a los romanos y delinear un sensato paralelo entre el trabajo agrario y la naturaleza de la cultura.

Advertiremos entonces, en primer lugar, que el trabajo agrario es un trabajo. Y eso indica que la cultura supone una cuota de esfuerzo, de dedicación y empeño. Por otra parte, ningún chacarero ignora que no se labra la tierra para sembrar yuyos, inocuos o dañinos. Los yuyos crecen solos y el abrepuño, el chamico y el abrojo han de arrancarse para que no arruinen las sementeras.

También se sabe que el trabajo del agricultor es igual y diferente en el mundo entero e iguales y diferentes los frutos que con él se obtienen. En todas partes se ara, se siembra, se cosecha. Pero en algunos lugares utilizan arados de mancera tirados por bueyes y en otros arados de discos tirados por tractores. Y, según sea el suelo o el clima, aquí se trillará cebada y allí se colectará soja.

¿Qué nos están indicando esas características propias del agro, trasladadas al plano de la cultura? Que las expresiones del instinto y la pasión, aquellas que no hayan exigido esfuerzo y no revelen algún grado de refinamiento, tampoco han de incluirse entre los productos de la cultura ni deben formar parte de ella, como los yuyos. Menos que menos si se tratara de yuyos dañinos, que perjudican los sembrados, del mismo modo que perjudican la cultura las manifestaciones opuestas a la Verdad y a la Belleza, que harán las veces del abrepuño y el chamico.

Están indicando asimismo que, siendo la cultura una sola, igual que es una la tarea del campesino de Manchuria y el chacarero de Bragado, presenta infinitas peculiaridades y variantes, derivadas de que la lluvia sea mucha o poca y el suelo fértil o árido, que las tradiciones de una región sean épicas o burguesas y que el carácter de sus pobladores aparezca como jocundo o melancólico.

No es ocioso que te hable de cultura. Pues según lo que entendamos por cultura se modelará de uno u otro modo el espíritu de las gentes y habrá de cincelarse el rostro de las naciones. Has de oponerte, muchacho, a que con pretextos culturales se siembren los yuyos de las pasiones y se difunda la mala semilla del abrojo permisivo y aberrante. Y has de procurar que, cuando de cultura se trate, sea respetada la índole de tu país, a fin de preservar y destacar cuanto tenga de propio y singular. Si malo es que se masifiquen las personas, peor será que se masifiquen las naciones, disponiéndolas para la uniformidad que abre paso al sojuzgamiento. Lo cual no

implicar negar las analogías que en el universo presentan las labores de labranza, similares a la impronta común grabada en el espíritu del hombre, genérica y profunda.

En este terreno, tal como lo anticipé, está planteada una guerra sin cuartel. Ya que existe la decisión explícita de desmoronar la Cultura de Occidente, la Civilización Cristiana, atacando los cimientos mismos en que se asienta tan bella construcción, ya en ruinas. Cimientos éstos que corresponden al plano de la cultura.

Cada una de las piedras que forman dichos cimientos está recibiendo golpes. Piedras que son valores hasta ayer indiscutidos y presupuestos que nadie osó poner jamás en tela de juicio. Y que ya no sólo se discuten sino que se ignoran, como si nunca hubieran existido. Alterando así las raíces en que se funda el propio sentido común de Occidente.

La gran empresa a la cual somos convocados consiste hoy en restaurar el sentido común de Occidente, el buen sentido de la Buena Gente. Hay que reconstruir los cimientos de la Civilización Cristiana. Más aún: es preciso comenzar por la consolidación del contrapiso en que se apoyan esos cimientos, por afirmar las bases que servirán de sustento a las primeras piedras que es preciso volver a colocar en su sitio.

Hay que empezar por recordar a voz en cuello olvidadas verdades de Pero Grullo, tales como que la Belleza ha de preferirse a la fealdad; que los hombres son hombres y las mujeres, mujeres; que la mentira carece de derechos; que la verdad tiene dueños y no se encuentra a mitad de camino entre el error y el acierto; que el número de quienes sostengan un error no lo transforma en acierto; que los extremos no se tocan; que es legítimo acudir a la violencia en defensa de la justicia y del honor; que la salvación eterna de sus gobernados no es un asunto ante el cual los gobiernos puedan permanecer indiferentes; que la homosexualidad no es una libre opción de vida sino una aberración glandular; que el aborto es el más cobarde de los homicidios; que la autoridad paterna no es una manifestación machista; que el feminismo ha cavado la fosa en que fue sepultada la galantería; que los hijos son una bendición de Dios y no un factor agravante de la explosión demográfica; que la ecología está muy bien, pero que la naturaleza ha de estar al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la naturaleza...

Tales cosas y muchas otras es preciso restablecer, suscitando a su respecto la aprobación espontánea e instintiva de las multitudes para, a partir de ello, alzar otra vez el armonioso edificio de nuestra derruida Civilización. Como verás, se trata de una labor cultural, que presenta en su ápice una misión religiosa y que configura la instancia previa para cualquier emprendimiento político. Admitido lo cual comprenderás la magnitud y la trascendencia de la batalla entablada.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Cuarta.

LIBERTAD

En la Noche Quinta, mientras los hombres del mundo realizaban nobles tareas o cometían canalladas en ejercicio de su Libre Albedrío, habló El Capitán y dijo:

Nunca se ha proclamado, ensalzado, salmodiado, incensado ni adorado a la libertad como en esta época que vivimos. Lo cual no excluye que se la siga coartando, vulnerando, falseando, conculcando y pisoteando. Agresiones éstas a la libertad que, para peor, casi siempre se llevan a cabo en nombre de la Libertad. De modo que, ante una situación tan contradictoria y paradójica, es bueno que hoy nos ocupemos de la libertad. De la libertad con minúscula nomás pues, cada vez que alguien la escribe con mayúscula, fingiendo acatarla como valor supremo, seguramente lo hará para impedirnos algo en su nombre.

Y empezaré por asentar que la libertad es un bien. Y a la vez una responsabilidad, deseable y temible. Un prodigioso don de Dios que, pudiendo haber predeterminado el camino del hombre en la tierra, para que lo condujera a su fin sin posibilidad alguna de extravío, prefirió dejar en sus manos la alternativa de optar ante cada disyuntiva, de elegir una y otra vez entre servirlo y servirse, para que su viaje por la vida fuera meritorio.

Y, si Dios concedió al hombre esta facultad excelsa, no son los hombres quiénes para cercenarla. En tanto su ejercicio no constituya grave obtáculo para que otros hombres transiten, libremente, el camino que lleva sus existencias a buen puerto.

La libertad, entonces, es el presupuesto necesario para el mérito. Una buena acción, llevada a cabo sin contar con facultades para ejecutar en vez una mala (o al menos indiferente), seguirá siendo una acción buena pero no será un acto meritorio. Lo cual viene a corroborar la trascendencia inmensa de la libertad, ya que sin ella la mejor de nuestras conductas resultaría apenas equiparable a la de un perro impulsado invenciblemente por su instinto.

Pero, eso sí, la libertad es siempre un medio. El medio indispensable para alcanzar con mérito un buen fin. Y conferirle categoría de fin en sí misma constituye un error y una trampa. Dignas y honrosas son las luchas por la libertad, de manera que quienes participan de ellas merecen honra y dignidad. Las honras y dignidades debidas a los que luchan por la posesión de un medio necesario para alcanzar altos fines. Los honores merecidos por los que intentan forjar una noble herramienta. Tales luchas, sin embargo, no se agotan con la posesión del medio y con la forja del instrumento, sino que quedarán definidas, en última instancia, por la naturaleza del fin que ha de procurarse mediante el empleo de ese medio y esa herramienta.

Porque con la libertad ocurre como con los fósforos. Que existen al solo efecto de ser encendidos. Mientras no arda, un fósforo será apenas una expectativa, un acto en potencia, una posibilidad Inútil y estéril.

Y de esto que acabo de señalar se desprende una conclusión que podría sorprender: el fin de la libertad consiste en perderla. A la libertad la poseemos, en efecto, solamente para poder despojarnos de ella, para utilizarla optando en un sentido o en otro, para aniquilarla mediante su empleo, como a un fósforo.

Por eso afirmo que presentarla como un fin en sí misma constituye una trampa y un error. Un error, porque es claro que poseerla meramente, sin hacer uso de ella, no va más allá de una posesión vana e inocua. Una trampa, porque los que así la presentan saben casi siempre que están proponiendo un error para encubrir sus auténticos propósitos. Propósitos que se refieren a alcanzar fines perfectamente previstos y cuidadosamente disimulados mediante la utilización en un sentido determinado de esa libertad por la cual bregan. O sea que, para ser claro, ofrecen como meta la libertad erigida en fin, pese a saber que han de valerse instrumentalmente de ella para coronar otras metas, que llevan escondidas bajo el poncho.

Comparar la libertad con los fósforos permite establecer otra analogía entre una y otros. Ya que éstos, como dije, tienen un sólo destino útil: arder. Y la libertad ha de tener también un sólo fin: emplearla para el bien. Aunque a fin de explicar esto prefiera no establecer un distinguo retórico, al que suele acudir con monótona frecuencia pero que huele a engaño pichanga. Me refiero a distinguir entre libertad y libertinaje. Cosa que sirve para redondear algún debate con una frase sonora, aunque no pase de ser una sonora estupidez. En tanto no se establezcan nítidamente las diferencias entre libertad y libertinaje, frecuentemente desconocidas para los que emplean tal frase y desde luego para mí.

Me preguntará quizá por qué expresé al principio que en la época que vivimos se sigue vulnerando la libertad en nombre de la Libertad, tanto o más que en otras épocas signadas explícitamente por el despotismo. Y debo aclararte, en consecuencia, que así lo estimo porque la posibilidad de formular disidencias profundas resulta hoy inimaginable. El afianzamiento planetario de ciertos postulados que se presentan como dogmas, impuestos por la fuerza abrumadora de los medios de comunicación, ha dado lugar a una dictadura ideológica que casi carece de fisuras. E incurrir en anatema a su respecto acarrea como pena una suerte de muerte civil, que implica el extrañamiento de la sociedad organizada.

Pero la situación aparece como aún más grave, si seguimos indagando a su respecto. Pues, al ahondar la indagación, advertiremos que la imposibilidad no se reduce a formular disidencias de fondo, sino que alcanza a la mera expectativa de concebir tales disidencias. Ya que los propios disidentes eventuales están alcanzados por la influencia colosal de los medios de comunicación, que irá deteriorando sus defensas mentales y su capacidad crítica, inhibiendo a la vez su capacidad para imaginar propuestas diferentes a las admitidas masivamente.

Las peores tiranías del pasado no llegaron a ejercer una opresión semejante a la que se practica actualmente, sobre muchedumbres imbecilizadas por la acción pertinaz de slogans perversos y campañas de opinión con alcances universales. Y que, para peor, se lleva a cabo bajo el imperio de una pretendida libertad de expresión, avalada con el sello de una tolerancia machaconamente proclamada.

El poder del rey se detenía hasta ayer ante la puerta de la cabaña del campesino. El poder de esta moderna tiranía transpone ahora, tranquilamente, las paredes de los hogares. Sin necesitar orden alguna de allanamiento. Ya que sus moradores le franquearán la entrada. Y acatarán dócilmente sus dictados, abriendo su entendimiento y su corazón a los mensajes que el intruso les comunique a través de una pantalla, mezclados con dosis oportunas de distracción y entretenimiento, de brillo y procacidad, de halago y de seducción.

Y que nadie pretenda, en un momento dado, poner coto a la acción masificadora y dañina de los medios, estableciéndole límites. Porque dirán que atenta contra la Libertad. Aunque se trate de la libertad para volverse imbécil. Y habrá cometido así el pecado capital de ejercitar la censura. Pecado tan imperdonable como alzarse contra el Espíritu Santo. Y en el cual se supone que no incurren, por cierto, aquellos que, fieles a los falsos dogmas vigentes, impiden una y otra vez que accedan a los medios quienes no opinen como ellos. Pues, según proclaman, no cabe conceder libertad a los enemigos de la Libertad. A los enemigos, aclaro yo, de una libertad tuerta, unilateral, con dueños conocidos y que no tolera disidencias. De una libertad tiránica, destinada a amparar dogmas que se oponen al Dogma.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Quinta.

IGUALDAD

En la Noche Sexta, mientras en los campos acolchados de turba se arrebañaban las ovejas, análogas, repetidas, una junto a la otra para darse calor, habló El Capitán y dijo:

Si subvertir es poner arriba lo que estaba abajo y abajo lo que estaba arriba, quizá el acontecimiento más subversivo que se haya llevado a cabo en el transcurso de la Historia sería la Revolución Francesa. Consumada al amparo de cierta exaltación triple que se plasmó en un lema: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Ya te he hablado de la libertad. Te hablaré ahora de la igualdad. Y luego de la fraternidad.

La igualdad bien entendida debe estar fundada en la desigualdad. De lo contrario será una falacia, injusta y dañina. La igualdad aplicada a rajatabla, con vistas a nivelar de manera artificial lo que naturalmente es desigual, determinará amputaciones terribles y añadidos penosos. Conocido a este respecto es el ejemplo de una buena madre, que volcará más amor sobre el hijo menos dotado y menos sobre el más dotado, para que ambos puedan afrontar la vida en condiciones parejas.

Pero no es el de la madre el único ejemplo que cabe traer a cuento para ilustrar lo que digo. Lo mismo sucede con la atención que los distintos sectores de la sociedad exigen a un buen gobierno. El cual tendrá que velar preferentemente por los más necesitados, por los débiles y menesterosos, preocupándose en menor medida por aquellos capaces para bastarse.

¿Y qué será de un artista, de un científico, hasta de un atleta destacado, poseedores de aptitudes excepcionales que requerirán excepcionales condiciones para desarrollarse, si rigieran a su respecto aquellas que rigen para los individuos cuya actividad y vocación no necesiten tales condiciones peculiares?

Existe quizá una manifestación de la igualdad que, a primera vista, resulta conveniente y saludable: la igualdad ante la ley. Es preciso no obstante establecer algunas precisiones referidas a ella. Ya que la igualdad frente a la ley no excluye el ejercicio del buen sentido judicial para resolver cada caso sometido a decisión, analizando y ponderando circunstancias, sopesando eximentes y agravantes, acogiendo o desechando descargos. Es decir, desentrañando diferencias, aislando elementos que determinan desigualdades encaminadas a concretar equitativamente la mencionada igualdad ante la ley.

Porque no debo ocultarte que, tras la generosidad aparente que sugiere postular la igualdad, por lo general se oculta una intención mezquina: la de igualar por lo bajo, aplanando lo que sobresalga. O sea que, disimulada tras las declamaciones igualitarias, suele agazaparse la envidia.

La envidia, en efecto, es el motor más poderoso que impulsa la mayoría de las propuestas revolucionarias, corrompiéndolas al afectar sus raíces. Dignas de celebración y elogio son las rebeldías alentadas por afanes de justicia, los desplantes y formulaciones tendientes a remover un orden de cosas inicuo. Pero, desgraciadamente, es frecuente que tales formulaciones y desplantes acojan entre sus componentes el germen deletéreo del resentimiento y la envidia. Por lo cual los movimientos enderezados a suprimir viejas injusticias pronto dan lugar a nuevas injusticias. Según ocurrió con la Revolución Francesa, causa de iniquidades mucho más graves que las que la impulsaron.

Y esto me lleva a prevenirte con relación a esas que llamaré seducciones del cambio. Dado presentan dos vertientes, que obligan a ejercitar peculiar cautela al desarrollar el tema. Desaprobarás los ánimos encogidos, conformes siempre con la situación reinante y remisos a admitir alteraciones tendientes a modificarla. Dicho talante temeroso define el espíritu burgués. Freno para toda empresa redentora y para todo arrebatado impetuoso. Y, por lo tanto, inmune a la seducción del cambio.

Pero sucede a la vez que cierto ingrediente pernicioso forma parte habitualmente de la seducción del cambio. Y tal ingrediente consiste en la disconformidad transformada en norma, en el descontento habitual, en no saber aceptar la propia condición y en apetecer la condición ajena. Consiste, al fin de cuentas, en envidia. En el ansia de poseer lo que otros poseen, en disfrutar ventajas fuera de nuestro alcance.

Conocedores de esos pliegues oscuros del alma, los demagogos proponen a las multitudes el cambio por el cambio mismo, levantándolo como una pancarta brillante y equívoca que, en última instancia, concitará la adhesión de los disconformes, de los descontentos, de los envidiosos, a la vez que suscitará el pánico burgués.

Tu actitud respecto a la seducción del cambio deber estar tan lejos del temor encogido como de la envidia disconforme. Y la admitirás o rechazarás dejando de lado tu propia conveniencia, fundando tu opinión en los beneficios que el cambio pueda reportar al común de la gente y atendiendo con particular detenimiento a la situación de los desamparados, pero sin olvidar jamás los preceptos de la justicia. Para situarte ante las propuestas de cambio tendrás que responder a la generosidad, sobreponiéndote a las insinuaciones del miedo y de la envidia.

Y lo que acabo de explicarte sobre el cambio, será de aplicación cuando de la igualdad se trate. Ya que no se la enarbola en abstracto, sino como una consigna dirigida a producir cambios concretos, a allanar desigualdades, a suprimir diferencias, a nivelar relieves. La igualdad, en definitiva, es un aspecto específico de la seducción general del cambio. Un aspecto específico frecuentemente inaceptable.

Pues sucederá que, a veces, la ambición por cambiar será legítima. Porque así lo determine la justicia. O porque consista en la restauración de un orden favorable que haya sido previamente subvertido. La ilusión igualitaria, por el contrario, nunca será justa ni podrá calificarse como restauración. Ya que las desigualdades derivan de la naturaleza del hombre. E intentar aniquilarlas resultará de algún modo monstruoso.

Te preguntarás si, al decir lo que digo, estoy articulando una defensa cerril de los privilegios, de las estratificaciones sociales, de la intangibilidad de la riqueza o de las supremacías existentes. Y no es ésa, por cierto, mi intención. En modo alguno pretendo que se mantengan los privilegios, que permanezcan inalterables los escalones sociales, que los ricos sigan siendo ricos y pobres los pobres. Creo, por lo contrario, que hay privilegios que deben desaparecer, que es bueno el ascenso de los mejores en la ordenación de la sociedad, que conviene que los ricos sean menos ricos y los pobres menos pobres. A lo que me opongo es a la utopía de una sociedad rasa,

donde la excelencia esté proscripta y penado el talento, que recele de la variedad y que pretenda uniformar los espíritus y las aficiones.

A eso me opongo y a eso apunta la igualdad. Con un agravante aún, que es el siguiente: como tal igualdad resulta utópica y se opone a la naturaleza, para imponerla -o tratar de imponerla- será necesario un poder despótico, una tiranía implacable en el sentido estricto del término. Una tiranía, en fin, análoga a la que vemos consolidarse en estos tiempos y que, entre otras cosas, parece tener por fin, precisamente, la uniformidad sin discrepancias de vastas multitudes, igualadas por su renuncia a pensar y por su incapacidad para disentir.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Sexta.

FRATERNIDAD

En la Noche Séptima, mientras el huracán y la marejada confraternizaban en su compartido asalto a los acantilados de la Isla Soledad, habló El Capitán y dijo:

Del mismo modo que la igualdad, la fraternidad presenta dos caras, una óptima y otra chueca. Requiriendo también, por ende, establecer a su respecto precisiones y distingos. Pues ¿qué más atractivo y loable que la consolidación de un lazo que transforme en hermanos a todos los hombres? Pero, no obstante ello, debo advertirte respecto a ciertas sutilezas que se embozan tras la formulación de ese ideal tan levantado.

Y opondré un par de reparos a la aceptación incondicional y bobalicona de aquel ideal, aparentemente incuestionable.

El primero de mis reparos se refiere al fundamento sobre el cual se edifique la fraternidad que nos proponen. Ya que el único cimiento firme y eficaz para sustentarla es la compartida condición de hijos de Dios que invisten todos los hombres. Si así te presentan la fraternidad, o sea afirmada en la condición expuesta, no sólo has de aceptarla sino que será tu obligación insoslayable defenderla, construirla, promoverla y difundirla, realizando así una tarea nobilísima, propia del cristiano cabal.

Desconfiarás en cambio de las propuestas fraternas apoyadas en otras bases que la explicada. Ya que esas bases serán insuficientes y equívocas. Determinando que los vínculos edificados a su amparo resulten endeble.

Afirmo esto porque, cuando se soslaya la única y verdadera razón que hermana a los hombres, inevitablemente te ofrecerán sustitutos falsos o, al menos, inoperantes. Pues se mencionará una vaga solidaridad biológica que relacionaría a quienes pertenecen a una misma especie. O una suerte de camaradería tendiente a evitar enfrentamientos o a preservar el habitat que acoge a la raza humana.

Y ocurre que tales fundamentos chirles no alcanzan para erigirse en frenos de las pasiones, las necesidades, las reivindicaciones y las tendencias, las ilusiones y los ideales que, desde la noche de los tiempos, enfrentan a los hombres entre sí.

Pondré un ejemplo: merecerán admiración dos pueblos que, orillando la instancia suprema del combate, procuran evitarlo recordando la condición de hijos de Dios que comparten aquellos que los conforman. Pero no habrás de admirar a los pueblos que soslayan la batalla en aras de una fraternidad vacua, invocada muchas veces para encubrir la cobardía.

Es un héroe el valiente que evita defender su honor mediante el duelo, acatando con esfuerzo un precepto superior. Y es despreciable aquel que, sin esfuerzo alguno, no lo defiende cediendo al miedo, aunque disfrace a éste con los atavíos de la fraternidad y la tolerancia.

En cuanto al segundo de mis reparos estriba en que, frecuentemente, la fraternidad genérica conspirará contra la hermandad específica.

Quizá te sorprenda esta observación. De manera que intentaré aclararla. Señalando que aquel que proclama amar a la especie humana suele detestar al vecino de enfrente. O, al menos, su suerte lo tendrá sin cuidado, aunque declare que nada de lo humano le es ajeno.

Cuando te hablé del amor a la Patria lo situé entre el que se profesa a la familia y el que nos vincula con nuestros congéneres del ancho mundo. Y la fraternidad se corresponde con este último. Resultando, como él, abstracta en tanto genérica.

Un observador agudo escribió que nadie se hace matar por el sistema métrico decimal. Y la humanidad en su conjunto, como ente lejano y colectivo, se parece bastante al sistema métrico decimal. O a la defensa del medio ambiente. O al equilibrio de la balanza de pagos. Propuestas dignas del mayor elogio pero insuficientes para suscitar pasiones encendidas o entusiasmos fervorosos.

Mi escepticismo respecto a la fraternidad así concebida me lleva a ser escéptico respecto a lo que se ha dado en llamar mundialización o aldea global. Fenómeno que me sugiere algunas reflexiones.

Una de ellas consiste en practicar un distingo fundamental con relación a tal fenómeno. Ya que se suele asimilar la mundialización a la política hegemónica de los Estados Unidos, siendo dos cosas distintas. El empeño yanqui por gobernar el mundo es un sueño imperial, encaminado a colocar una nación por sobre las demás naciones. La mundialización, en cambio, apunta a suprimir las naciones en aras de una utopía apátrida aún más peligrosa que el influjo de una gran potencia.

Por cierto que es de temer el imperialismo norteamericano. Pero, en última instancia, no difiere de otros sueños que cruzaron por la cabeza de Alejandro, César o Napoleón, vinculados con el predominio de sus pueblos. El mundialismo, en cambio, tiende a imponer un orden desvinculado de una nación determinada o un pueblo específico. Un orden laico, pretendidamente aséptico pero insidiosamente perverso, al modo del que podría imponer en la tierra Juliano Felsemburg⁶, asentado precisamente sobre la fraternidad que vincula al género humano.

Mi oposición al mundialismo me lleva a levantar como un estandarte el amor a la Patria y, consecuentemente, a amar las fronteras, las peculiaridades de una comarca, la diversidad de los idiomas y los acentos lugareños, el genio propio de cada raza, sus inclinaciones y aptitudes, la cadencia de sus canciones, el ritmo de sus poesías, el temple de sus caracteres. Ya que tal variedad enriquece al hombre, agregándole facetas y matices. Mientras, por el contrario, el mundialismo tiende a la uniformidad, a la similitud, al mimetismo. Domeñando las reacciones y fomentando el espíritu gregario. Y cabe tener en cuenta que la masificación es presupuesto necesario para encadenar las multitudes.

Una vez leí una fábula muy breve, que se llamaba, precisamente, "Fraternidad" y que decía así:

⁶ Personaje que encarna al anticristo en la novela *El Amo del Mundo* del cardenal Benson.

“-Venga a confraternizar conmigo, hermano mío. Venga que le daré un abrazo- le dijo la lampalagua a un cordero. Y, ante esa fraternal invitación, el cordero salió disparando como alma que lleva el diablo.”⁷

Bueno, no sé si la fábula viene a cuento. Pero la traigo a colación porque me siento identificado con el cordero.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Séptima.

IDEOLOGIAS

En la Noche Octava, mientras se transformaba en humus un *poster* con la efigie del Che Guevara, incorporado al relleno ecológico formado con la basura de Port Stanley⁸, habló El Capitán y dijo:

Fui testigo, actor y víctima del enconado combate que mantuvieron las ideologías entre sí, hasta hace algún tiempo. Y que presumo no ha concluido aún

⁷ De “Comparancias y sucedidos”, del mismo autor (Vórtice, Buenos Aires, 2000).

⁸ Considero que, hasta que los argentinos seamos capaces de recuperar las islas, no estaremos autorizados para llamar a su capital Puerto Argentino (Nota del autor).

definitivamente, resultando fatalmente inevitable que vuelva a entablarse, de un modo u otro.

Claro que querrás saber, antes de seguir adelante, qué son las ideologías. Y procuraré explicarlo a mi manera. Ideología es, según lo veo, un conjunto de ideas que pretende dar respuesta a todas las preguntas que alguien pueda formularse con respecto a las dimensiones sociales y políticas del hombre, sistemáticamente organizado y apuntado hacia un fin propuesto de manera apriorística y, por lo tanto, dogmática.

Los ideólogos te negarán, naturalmente, que se hayan fijado un fin de antemano y que sea preciso admitirlo como se acata un dogma. Las cosas son así, no obstante, pues sin ese requisito no podrá articularse una ideología o, en todo caso, privada de él, la misma carecería de virtualidad y atractivo.

Las ideologías de izquierda tendrán por fin último anular la excelencia, exaltando la generosidad pero impulsadas por la envidia. Las ideologías liberales tendrán por fin último anular la solidaridad, exaltando la libertad pero impulsadas por el egoísmo. Las ideologías de extrema derecha tendrán por fin último anular la debilidad, exaltando el orden pero impulsadas por el orgullo.

Son éstas las tres ideologías troncales, por cuyos anchos cauces discurren corrientes menores, que presentan matices variados y que, incluso, pueden vincular a veces entre ellos uno y otro de tales cauces. Así, por ejemplo, el anarquismo, negador de toda autoridad, podrá fluir por cauces izquierdistas o liberales, mientras que el colectivismo puede estar presente tanto en la izquierda como en la derecha extrema. Expresiones de ésta, de la izquierda y del liberalismo, contendrán eventualmente componentes autoritarios y el materialismo podrá oficiar de denominador común entre algunas de ellas.

El hombre alberga en su corazón la envidia, el egoísmo y el orgullo. Contra los que habrá de pelear para conducirse como un verdadero hijo de Dios. Pero que influirán en la inclinación natural de su carácter, si no se resuelve a entablar esa lucha o a poco que ceda en su determinación de sostenerla. Debido a la presencia de dichas pasiones, se sentirá el hombre atraído por las ideologías y, según cual sea la que predomine en su corazón, se adscribirá a una u otra.

Pero ocurre asimismo que, junto a la envidia, el egoísmo o el orgullo, también cohabitan en el corazón del hombre la generosidad, el amor a la libertad, y el anhelo de orden. Que actuarán a su vez como acicates que lo impulsen a adoptar una ideología como propia, determinando su opción por una de ellas.

Conforme a lo explicado, has de haber comprendido que los hombres adhirieron a las ideologías por motivos muy distintos, cuyas raíces se afirman en la profundidad de sus entresijos. Resultando a veces nobles, a veces innobles y a veces mezcla de una y otra condición. Pero, nobles o innobles, buenas o malas, esas raíces fueron siempre poderosas.

Sucede además que la seducción que emana de las ideologías ejerce un fuerte influjo. Por cuanto resulta sumamente atractivo incorporarse a un sistema completo de ideas, que otorgue una respuesta lógica -y al decir lógica no digo acertada- a todas las preguntas que se formula un hombre de corazón inquieto.

Por otra parte, la asunción de una ideología sembrará en quien la asume el germen del fanatismo, que se desarrollará en su intimidad con mayor o menor virulencia, según sea la medida de su convicción respecto a la ideología asumida. Y en este punto finca quizá el riesgo más notorio que supone la difusión de las ideologías. Pues aquél que las acoge, acallada toda duda, desterrada de sus juicios la prudencia, se verá impedido de captar la realidad y actuará eventualmente con la ferocidad propia del fanático.

La ferocidad nacida del fanatismo suscita horror y admiración al mismo tiempo. Despierta el horror de comprobar que alguien, cegada su visión por un convencimiento sin fisuras, puede llegar a cometer las acciones más atroces en aras de sus postulados. Y despierta la admiración que nace de topar con alguien capaz de realizar las acciones más heroicas movido por un ideal. Contradicción ésta que obliga a conducirse con cautela al momento de juzgar a las ideologías y a los que actúan movidos por ellas.

Se afirma hoy que las ideologías han muerto. Y, aunque me permita poner en tela de juicio esa afirmación, por cuanto no descarto que sobrevivan bajo formas diferentes a las que mostraban hasta ayer, provisionalmente aceptaré que, efectivamente, hayan fenecido. Y, acatada esa premisa de manera provisoria, me pregunto cual será nuestra actitud en ocasión de asistir a su funeral.

Por un lado, me digo, correspondería concurrir con alegría, aunque no sea la alegría el sentimiento que mejor cuadre a los entierros. Pues, en todo caso, se trataría sin duda de la desaparición de un enemigo, de una amenaza que ha comprometido gravemente el futuro de la humanidad. Ya que las diversas ofensivas que ideologías diversas han desatado a lo largo de la Historia, justifican alegrarse ante su desaparición.

Pero (y ya vas viendo que las cosas no son siempre sencillas), estimo que es asimismo comprensible expresar cierta pena ante el deceso presunto de las ideologías.

Porque junto con ellas acaso hayan muerto también muchos ideales; la decisión generosa de batirse por banderas amadas apasionadamente; el arrojo de apostar la vida en batallas cuyo resultado favorable no implique beneficios personales para quien las libra; el fervor de vivir al servicio de una causa, buena o mala; la embriaguez de la aventura; la ilusión de poseer una clave exclusiva para domeñar el futuro; el salirse fuera de sí mismo, la exaltación, el arrebató, los sueños, las quimeras...

Y esta perplejidad que me aqueja, al momento de resolver respecto a mi actitud en el sepelio de las ideologías, se ve aumentada si observo al resto de la concurrencia. Compuesta por deudos y herederos satisfechos, arropados en su conformidad mediocre, incapaces de saltar a la liza por motivo alguno, con los ojos cansados de mirarse el ombligo, preocupados tan solo por su afán de bienestar, inaptos para aprender y aprehender doctrinas y consignas, blandos, miopes, sonriendo siempre sin saber por qué...

Fuere cual fuere, en fin, nuestra postura ante el fallecimiento de las ideologías, alegre o melancólica, estimo que ha de estar acompañada por el respeto. Por el respeto debido a los muertos, ya que cabe la posibilidad de que realmente hayan fenecido. Por un respeto más o menos nostálgico, según hayamos tenido alguna afinidad o hayamos experimentado un peculiar rechazo por aquella ideología de cuyo entierro se trate.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Octava.

DEMOCRACIA

En la Noche Novena, mientras las fuerzas tremendas de la naturaleza actuaban en el archipiélago conforme a leyes que nadie ha votado, habló El Capitán y dijo:

Desde que dejó de verse una decisión divina en el origen de la autoridad y en el discernimiento de quiénes habrían de ejercitarla, hubo de atribuirse a otras fuentes

tal origen y tal discernimiento. Entre ellas la voluntad popular, expresada a través del voto. Y al sistema fundado en la misma se lo llamó democracia.

Mientras el juicio sobre la democracia se reduzca a considerarla un mecanismo, mejor o peor, destinado a discernir quiénes y cómo han de regir la sociedad, es posible arrimar múltiples argumentos a su favor o en su contra, situándose la discusión al respecto en un plano de serena confrontación de ideas, apuntaladas por la experiencia histórica. No es fácil sin embargo que el debate se mantenga en ese plano.

La razón por la cual se desmadra el debate, obedece a que habitualmente no se juzga a la democracia como a un mecanismo, pretendiéndose erigirla en una filosofía, en una religión, en un dogma ideológico. Que ha de acatarse so pena de incurrir en las graves penalidades previstas para sancionar a los herejes, a los relapsos, a los delincuentes sociales.

La democracia, como digo, es un mecanismo, un procedimiento razonable apuntado a determinar quiénes han de mandar entre los hombres. Razonable por cuanto resulta lógico convenir en que ello dependa de lo que al respecto resuelva la mayoría de aquellos que deban obedecer. No es razonable, en cambio, erigirla en sistema único y excluyente a ese fin. Ya que, a lo largo del tiempo, funcionaron muchos otros con mayor o menor fortuna.

Se la presenta por lo general como el único régimen apto para garantizar la libertad de los gobernados. Lo cual, planteado de esa manera absoluta, no es estrictamente cierto. Ya que la Historia registra el funcionamiento satisfactorio de otras formas de gobierno que no oprimieron al pueblo. Existió en efecto el buen monarca que, respetuoso de las leyes divinas, veló por la felicidad de sus súbditos y detuvo el poder de la corona ante el umbral de la cabaña del campesino. Otro tanto ocurrió cuando gobernaron aristócratas conscientes de sus responsabilidades, capaces de sustraerse a la tentación de conducirse como cofrades de una oligarquía.

También es cierto que la democracia tiende a garantizar la igualdad, en teoría al menos. Y digo que ello suele quedar circunscripto al plano teórico, desde el momento que, en los hechos, es frecuente que la democracia tenga sus dueños, sus administradores inamovibles y, por ende, sus usufructuarios. Que son aquellos que medran a su amparo, enquistados en la estructura de los partidos políticos.

Pues la democracia que se nos ofrece exige que existan tales partidos. Los cuales, presentados como canales necesarios para encauzar la opinión pública, habitualmente se transforman en su lecho de Procusto, cercenando en forma implacable las aspiraciones, ilusiones y reivindicaciones populares que desborden los

moldes fijados de antemano para expresarlas. Así, los profesionales del comité, los hombres que dominan las intimidades partidarias, sus manipulaciones, sus pujas y transacciones, se erigen al fin de cuentas en los beneficiarios inevitables de la democracia, viviendo y prosperando a sus expensas.

Y la democracia, por fin, reclama para sí el carácter de impulsor y centinela de la fraternidad, aunque excluya terminantemente de la hermandad que propicia a todos los que pongan en tela de juicio sus bondades.

De modo que, apuntando el sistema democrático a instaurar políticamente la libertad, la igualdad y la fraternidad, cabe formular a su respecto las mismas consideraciones que desgrané respecto a esas tres metas, levantadas como banderas por la Revolución Francesa.

Una de las fallas que se adjudican a la democracia consiste en que, al momento de votar, valga lo mismo el voto de un sabio que el de un ignorante. Y, para remediar tal defecto, se ha propuesto el voto calificado. Que consiste en otorgar el derecho de votar tan sólo a aquellos que posean un determinado grado de instrucción.

Pero esta propuesta, que parece admisible a primera vista, tampoco resulta completamente satisfactoria si se analizan las cosas con cuidado. Pues ocurre en la práctica que los ignorantes suelen tener más desarrollado el buen sentido que los instruidos. O, por lo menos, que los semi-instruidos.

Para darte un ejemplo de lo que acabo de decir, es bueno recordar que los movimientos políticos más dañinos y delirantes fueron impulsados por intelectuales. Así, el terrorismo marxista y ciertas expresiones del nihilismo anárquico contaron con la adhesión de estudiantes universitarios, según sucedió con los caóticos acontecimientos que tuvieron lugar en París durante el año 1968 y con la subversión que ensangrentó la Argentina en la década de los 70.

Puede demostrarse casi experimentalmente, en cambio, que la mayoría de las veces el pueblo llano se conduce prudentemente, exhibiendo una intuición saludable al momento de elegir frente a las opciones electorales que le presentan. Que esas opciones dejen mucho que desear no es culpa del pueblo al fin de cuentas.

Queda en pie, entonces, la posibilidad de calificar el voto en base a condiciones que no se refieran al grado de instrucción de cada cual. Tomando en cuenta, por ejemplo, el carácter de padre de familia, de vecino afincado o de ex combatiente en defensa de la Patria que invistan los ciudadanos. Aunque, lo acepto, no sería sencillo establecer dichas gradaciones sin incurrir en arbitrariedades, resultando asimismo engorroso acreditar la posesión actualizada de ciertas calidades en que se

funden. Con un agravante aún: que el espíritu democrático en vigencia califica de odiosa toda forma de discriminación, excluyendo en consecuencia el empleo del voto calificado como corrector de las fallas que aquejan a la democracia y tornando inconducente considerarlo.

De todo lo que te he dicho a lo largo de esta noche quisiera que quedaran claras, al menos, unas pocas ideas: que la democracia no pasa de ser un procedimiento, mejor o peor, para designar quiénes han de ser los gobernantes que rijan las naciones; que, a lo largo de los siglos, la humanidad ha admitido como legítimos otros procedimientos, durante cuya vigencia conoció períodos de gloria y felicidad; que, por ende, han de analizarse las ventajas e inconvenientes de acudir al sistema democrático, según sea el momento histórico que viva cada pueblo y sin pretender hacer de él un dogma intangible de acatamiento insoslayable; que procurar mejorarla en base al voto calificado resulta seguramente inconducente y que, además, emplear ese correctivo puede llegar a cegar el cauce por el cual suele discurrir el sano instinto popular, expresado por el sufragio del común de la gente.

Eso sí, cuando se haya adoptado la democracia como sistema, se la ha de practicar honestamente, respetando las reglas de juego establecidas, sin trampas ni chanchullos. Procurando que la ley sea pareja y que, bajo capa de democracia, no se consoliden tiranías tan implacables como hipócritas.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Novena.

VOCACIÓN

En la Noche Décima, mientras los hombres y las mujeres que pueblan el planeta se afanaban en los quehaceres más diversos, habló El Capitán y dijo:

Hace años, hace muchos años, viajaba yo por una ruta que cruzaba la selva, entre taludes de tierra colorada. El crepúsculo ya daba paso a la noche y lloviznaba. En determinado momento sobrepasó mi coche un camión grande. Y, a la luz débil de los faros, leí una inscripción que lucía en la culata del acoplado. La inscripción decía: "Solito en el espacio".

Ignoro a qué extraño impulso cedió el camionero cuando decidió pintar esa inscripción en su vehículo. Pero sí sé que su lectura me sumergió en la mayor de las melancolías. Seguramente contribuyó a ello el escaso tránsito del camino, flanqueado por árboles sombríos; la llovizna que caía, pertinaz; la penumbra del atardecer, siempre propicia para convocar tristezas. Y, sobre todo, el sentido de aquella leyenda. Que me llevó a imaginarme desesperadamente solo en el silencio sideral, girando para siempre en un viaje sin objeto y sin destino. Como un guijarro anónimo, perdido en la dimensión sobrecogedora del cosmos.

Esa fue la impresión que me produjo leer el cartelito que lucía aquel camión. Tan acusada que, al rato, decidí que debía sobreponerme a ella, venciendo la melancolía que me embargaba. Recapacité entonces y, haciendo un esfuerzo, traje a mi mente algunas verdades, cuya consideración aventó paulatinamente tan peculiar estado de ánimo, recordándome el sentido de mi existencia y devolviéndome una alegre serenidad.

Recordé así que, lejos de ser un guijarro solitario girando sin destino en el vacío, Dios me tuvo presente desde antes de crear el mundo. Para traerme a la vida en un instante preciso del tiempo y poniendo a mi cargo realizar una parte perfectamente determinada del Plan de la Creación. Un tramo de ese plan que sólo yo puedo llevar a cabo. Y que, si yo no lo cumplo, nadie habrá de cumplir. Aunque Dios se valga luego de otros medios para remediar mi incumplimiento. Reparar en ello fue el primer paso encaminado a disipar mi melancolía, poniéndome ante la consoladora responsabilidad que supone saber que todos tenemos un rol asignado en los proyectos divinos. He aquí el motivo que explica las vocaciones y da razón de ellas.

Vocación, en efecto, es la llamada peculiar que Dios formula a cada uno, para que cumpla la misión que se le ha fijado en el Plan de la Creación. Es una convocatoria divina para ocupar el lugar que nos está asignado dentro de un Orden maravillosamente concertado. Pues vocación significa eso, precisamente: llamada, convocatoria.

Y, como en los planes de Dios nada sobra ni nada falta, ocurre que todos tenemos un papel que desempeñar en ellos. Y todos, por ende, tenemos una vocación. O sea una llamada específica para cumplir tal papel.

Hay quien supone que la vocación es patrimonio de curas y monjas. Eventualmente de médicos. Y, en todo caso, de periodistas. Pues no falta algún despistado que afirme, con segura convicción, que el periodismo es un sacerdocio. Pero sucede que vocación tenemos todos. Hay, en efecto, vocaciones religiosas, particularmente eminentes y siempre esforzadas. Hay también vocaciones que impulsan a servir a Dios de otros modos, con entregas absolutas. Y hay una vocación matrimonial. Y una vocación de agricultor y una vocación de poeta. Y una vocación de zapatero, de científico, de sastre, de pescador, de militar, de enfermera, de banquero, de albañil, de mucama, de escultor y de astronauta. Incluso de periodista. Ya que realizar el Plan de la Creación exige el cumplimiento de múltiples menesteres.

A la vocación se unen dos factores que la acompañan: la aptitud y la oportunidad. Conformándose así una tríada inseparable: vocación, aptitud, oportunidad. Cuyo juego armónico paso a explicarte.

Por cuanto la vocación convoca para cumplir una misión determinada, es natural que Dios provea al convocado de la aptitud requerida, a fin de llevar a cabo la misión que le asigna. De lo contrario, el Plan de la Creación avanzaría a los tropezones, en forma caótica, desarrollado por ineptos más o menos inhabilitados para realizar lo que se espera de ellos. De manera que a cada vocación corresponde su aptitud correlativa.

Y saber esto facilita hallar la respuesta adecuada, cuando alguien se interrogue respecto a cuál será su vocación. Ya que, en primer lugar, deberá establecer sus aptitudes. Cosa que, de paso, prueba la bondad de Dios. Pues, como a todos nos resulta grato hacer aquello que estamos inclinados a hacer por contar con la aptitud necesaria, ocurre que contaremos con cierta disposición favorable para asumir nuestra vocación. Lo cual no implica negar que, frecuentemente, haya que ejercitar denodadamente la voluntad cuando se trate de aceptar una vocación exigente, manteniéndose luego fiel a ella.

Con relación a la oportunidad, caben consideraciones análogas a las vertidas con relación a la aptitud. Dado que, si Dios nos ha asignado una misión desde antes que se pusiera en marcha el tiempo; si nos ha llamado a cumplirla mediante la vocación; y si, además, nos ha dotado de la aptitud necesaria a tal efecto, es lógico que nos sumistre la oportunidad para llevarla a cabo. De lo contrario, Dios hubiera perdido el tiempo lamentablemente a nuestro respecto, frustrándose sus planes y frustrando a la vez las posibilidades de realizarse plenamente que, para cada uno, implica el cumplimiento de su vocación.

Comprenderás, por lo tanto, que nunca haya tomado demasiado en cuenta las quejas de ciertas personas, que aducen no haber podido cumplir con su vocación, viéndose forzadas a hacer lo que no saben. Lamentos existenciales éstos que, en

realidad, tienen explicaciones diferentes a las que imaginan los quejosos. Lo que ha sucedido con ellos es que, por cobardía o por pereza, no supieron asumir oportunamente su vocación, dejando pasar la oportunidad que Dios les brindó para ello. O, quizá, se trate de que, por una ambición desmesurada, sencillamente no acepten el rol que Dios les asignara en sus planes, apeteciendo desempeñar otros acaso más brillantes a sus ojos.

Admitir agradecidos nuestra vocación y mantenernos fieles a ella es la única manera de ser felices en esta tierra. Cosa que conviene tener presente, especialmente en épocas como las que vivimos, en las que se procura la felicidad con particular énfasis y en forma cada vez más infrutuosa.

Hoy se busca la felicidad en el placer, en la comodidad, en el ocio confortable. Los mejores la buscan en la conquista de poder. Paradójicamente, se persigue el placer realizando grandes sacrificios; y se trabaja duramente en pos del ocio. Pero la felicidad, como el horizonte, resulta siempre inalcanzable para quienes así la persiguen. Yo te he suministrado, en cambio, la fórmula eficaz para alcanzarla. Que no es otra que empeñarse en ser fieles a nuestra vocación, valiéndose de la aptitud con que contamos para ello y luego de aprovechar la oportunidad que, necesariamente, se nos habrá brindado a tal fin.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Décima.

MUJER

En la Noche Undécima, mientras dos hombres compartían la soledad de cierta cabaña, cuyo despojamiento espartano delataba la ausencia de una mano femenina que la tornara más acogedora, habló El Capitán y dijo:

Se repite con razón que los varones, cuando conversan, terminan por hablar de mujeres. Y nuestro diálogo, aunque se trate en realidad de un monólogo, no habrá de contrariar esa afirmación. Si bien no avanzará por los carriles escabrosos que suelen recorrer las charlas masculinas referidas a mujeres.

Rengas e incompletas quedarían mis lecciones, en efecto, si no incluyera en ellas la mención de quienes nos complementan y, con nosotros, hacen de la humanidad una totalidad rica y variada. Porque cuando nombramos genéricamente a los hombres estamos nombrando a las mujeres. Y la persona humana, íntegra, es hombre y es mujer, incluyendo en su naturaleza abarcadora lo masculino y lo femenino.

Tal identidad omnicomprendiva, sin embargo, no debe inducir a confusión. Y, una vez proclamada y admitida, es preciso detenerse, para poner enseguida el acento en lo peculiar y distintivo que los sexos suponen. Dado que el equilibrio del conjunto está vinculado con los contrastes de sus componentes.

Porque hombres y mujeres son complementarios, es preciso que aquéllos sean muy hombres y éstas muy mujeres. De lo contrario, la persona humana sufrirá amputaciones gravísimas y no se cumplirán las misiones y funciones que le están asignadas.

Una larga superposición de determinantes establece que así sean las cosas. Determinantes éstos que comienzan por obvias distinciones biológicas y que continúan ramificándose capilarmente, como un árbol de espléndido follaje, en sucesivas bifurcaciones que, partiendo de la anatomía y la fisiología, alcanzan los planos delicadísimos del temperamento y del espíritu, de las actitudes y las aptitudes, de la intimidad psíquica, de la capacidad para la ternura, la intuición y el sacrificio.

Observamos hoy una acción concertada y perversa que apunta a suprimir las diferencias entre hombres y mujeres, negando los distingos que esas diferencias implican. Acción encaminada a que los hombres se afeminen y las mujeres se amachorren. Como si el ideal a

alcanzar consistiera en un andrógino ambiguo, incapaz para ejercitar la bravura masculina y la ternura femenina.

Por andariveles múltiples se lleva a cabo la acción referida. Desde el puramente epidérmico del aspecto, en virtud del cual suele hacerse difícil advertir si el ciudadano que camina frente nuestro es efectivamente un ciudadano o una ciudadana; hasta el más profundo de impulsar a la mujer para que desarrolle tareas tradicionalmente reservadas a los hombres, mientras se celebra que éstos ocupen el lugar que aquélla ha dejado vacío en los hogares, aplicándose a realizar labores domésticas.

Este trastrueque se revela además en muchas otras cosas: las mujeres están orgullosas de haber tirado el pudor por la borda y los hombres no tienen empacho en confesar que son víctimas del miedo; las mujeres practican la guerra, revistando en las filas de los ejércitos; y los hombres se declaran pacifistas con el único fin de rehuir los rigores del combate. Las unas ensanchan sus espaldas y endurecen sus músculos, repitiendo arduos ejercicios, mientras los otros languidecen ante las pantallas de internet.

Llega tal alteración al punto que, seriamente, no falta quien proponga reducir las diferencias entre hombres y mujeres a una mera cuestión de género. Aunque otros van aún más allá, auspiciando erradicar los géneros del lenguaje, por considerarlos una rémora discriminatoria y deseosos de instalar en el idioma la indefinición glandular que levantan como equívoca bandera.

Te preguntarás, desde luego, a qué obedece ese empeño igualador. Y te responderé diciendo que constituye un intento audaz, dirigido a subvertir el Orden de la Creación, rebelándose contra quien lo impuso. Es una expresión refinada de subversión, que apetece hacer saltar los goznes de aquel Orden, como si se tratara de una carga explosiva colocada en el sótano de la sociedad contemporánea.

La indiferenciación sexual atenta contra el buen amor entre hombres y mujeres, disuelve la familia y desintegra la sociedad, destruye la galantería y aniquila la ternura.

De manera que deberás resistir a la ofensiva desatada, afianzándote en tu virilidad y rindiendo homenaje a cuanto de femenino hospeda la naturaleza peculiar de las mujeres. Pondrás tu fuerza al

servicio de su fragilidad y, cuando tu fortaleza vacile, te dejarás sostener por su ternura, tantas veces más robusta que tu reciedumbre.

Idealizarás a la mujer como el Dante, Amadís y Don Quijote. Y habrás de venerarla en la excelsa perfección de Santa María, espejo de perfecciones y obra maestra del Creador, transformado en Redentor a través de Ella.

Sabrás que la mujer es imán eficaz para atraer la inspiración poética, con frecuencia esquiva e inasible. Sabrás que es puerto seguro, cuando la vida se agita en tempestades. Sabrás que es piedra filosofal, apta para sublimar el estaño de la rutina en dorada aventura. Sabrás que su cuerpo, cuya belleza sobrepuja a las demás bellezas de este mundo, es ánfora armónica para alojar la vida que empieza. Sabrás que su docencia espontánea resulta irremplazable para transmitir a los hijos aquellas cosas que no se enseñan, pero que han de aprenderse puntualmente. Sabrás que en la firmeza de su temple se asentará la estabilidad de la casa. Sabrás de su palabra intuitiva y de su silencio solidario. Sabrás en fin que es compañía...

En el empeño por igualar a los hombres y las mujeres, nos las presentan a veces como camaradas campechanas, a las que habremos de tratar como se trata a un compañero de equipo o de campamento. Y debemos desconfiar de esa propuesta. Pues nuestra relación con ellas no debe pasar por alto la realidad -oculta o manifiesta- que implica el escarceo inevitable de los sexos. No creo, muchacho, en la amistad inocente entre hombres y mujeres. Porque tras esa apariencia inocua, grata a los germanos y a los sajones, seguramente la seducción aprestará el arsenal de sus viejas armas. Creer en la posibilidad de tal compañerismo, de algún modo deportivo y aséptico, implica una falta de respeto para con la atracción femenina y una desconsideración flagrante respecto al vigor del sexo. No admitas entonces dicha posibilidad y, en homenaje a la condición de la mujer y a tu propia condición, no la trates como si careciera de atractivos suficientes para suscitar tu solicitud de varón.

Según los criterios en boga, estas reflexiones mías serían tildadas de machistas. Cosa que me tiene sin cuidado, aunque advierta cierta torpeza en el término, acuñado probablemente como parte de la campaña que he mencionado, encaminada a establecer la indiferenciación sexual. Si se considera machista a quien se muestre

partidario de que los hombres sean bien hombres y las mujeres bien mujeres, me precio de serlo. Faltaba más.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la Noche Undécima.

FAMILIA

En la Noche Duodécima, mientras en medio mundo porciones circunscriptas de la humanidad descansaban al amparo seguro del techo de un hogar, habló El Capitán y dijo:

A lo largo de estas charlas me referí ya a la Patria, a la Fraternidad y a la Mujer, adelantando así un trecho considerable respecto al tema que he de tratar esta noche. Expresé en efecto que la Patria es la medida intermedia y necesaria entre la familia y el orbe. Que la Fraternidad supone una prelación en los afectos. Y que en la firmeza del temple de la mujer se asentará la estabilidad de su casa. Con lo cual arrimé algunas precisiones respecto a la familia, de la que me propongo hablarte.

Pese a las excelencias sobreañadidas a su naturaleza, pese a la existencia placentera de que disfrutaba en el Edén, pese a gobernar allí sobre los animales y cultivar sin esfuerzo árboles, flores y legumbres, el viejo Adán (que era joven) se sentía solo. Advertido Dios de ello, le suministró una compañía adecuada creando a la mujer. Y, desde entonces, fueron dos en una sola carne.

Pero esa asociación complementaria, ya suficiente de por sí, vendría a perfeccionarse con la llegada de los hijos, de los primeros hijos nacidos de la unión del hombre y la mujer. Quedando consolidada la familia, grupo fundacional de la especie, unidad diversa que configura el núcleo, el meollo, el corazón del plexo de vínculos, de amores y de intereses que se plasma en la sociedad humana.

Con frase repetida se dice que la familia es la célula primaria del tejido social. Pero ocurre que, cuando una frase se repite, se debe a que resulta irremplazable. Y por eso la repito hoy. Porque define con sintética precisión una realidad que no debe soslayarse.

Mientras la familia exista vigorosamente, mientras funcione como es debido, mientras el contorno que la rodea contribuya a afianzarla y apuntalarla, estaremos en presencia de una sociedad saludable, apta para que el hombre alcance la dimensión que le cuadra.

Cuando, por el contrario, la familia aparezca desarticulada y endeble, la arquitectura social sufrirá grave desmedro. Del mismo modo en que una contrucción se desbarata al ceder sus cimientos, la sociedad empezará a presentar fisuras en sus muros, saltarán las vigas de sus asientos, se inclinará la horizontal del mojinete y, por fin, se desplomará la techumbre sembrando de escombros el perímetro que cubría, en medio de una asfixiante nube de polvo.

Desde siempre, desde que un primer grito de rebelión estremeció los cielos, apenas comenzado el fluir del tiempo, tiene lugar una contienda interminable entre el Bien y el Mal, entre el Orden y el Desorden, entre la Verdad y la Mentira, entre la Belleza y la Fealdad. Contienda que está entablada en el corazón del hombre y que, a partir de allí, se prolonga a lo ancho de círculos concéntricos, desarrollándose incluso en territorios inesperados, aparentemente alejados del fragor de la batalla.

Y sucede que la familia es teatro fundamental de esta lucha y constituye a la vez uno de sus objetivos capitales, un bastión a conquistar, una trinchera a expugnar, una barricada a demoler. Pues, a partir de la conquista de tal bastión, trinchera o barricada, los asaltantes podrán posesionarse con facilidad de todo el campo en disputa y dictar su ley a la sociedad entera.

El trámite del combate se presenta hoy adverso a la familia. Que ha sido derrotada en sucesivos encuentros que paso a señalar. Tiene la familia por raíz y asiento el matrimonio indisoluble, que le confiere estabilidad y firmeza. Es decir que se apoya en la fidelidad a la palabra empeñada y en la lealtad al compromiso contraído. Pero el matrimonio indisoluble ha sido arrasado por la consagración formal del adulterio, concretada en las leyes que autorizan el divorcio.

La unión estable del hombre y la mujer apunta, entre otras cosas, a conferir el marco de amor que requieren los hijos, la posibilidad de cuyo advenimiento legitima aquélla. Pero la difusión masiva de los métodos anticonceptivos impide el arribo de los hijos, en aras de la cobardía y el egoísmo.

Y si cegar las fuentes de la vida implica ya una decisión perversa, dicha perversidad se acentúa cuando, fracasados los intentos para prevenir la concepción, se acude al aborto para truncar salvajemente la existencia recién comenzada. Con lo cual el matrimonio

no sólo habrá suprimido uno de sus fines sino que quedará transformado en oscura guarida de dos homicidas.

Como toda organización destinada a funcionar eficazmente, en la familia ha de existir un principio de autoridad. Atenuado por la comprensión y el cariño aunque finalmente operativo. Por diversas razones fue el marido quien ejerció tradicionalmente la autoridad en el hogar, por mucho que a través suyo gobernara allí realmente la mujer. Pero el principio de autoridad ha sido expulsado legislativamente de la familia, transfiriendo el mando, en caso de discordancias, a jueces extraños a su ámbito.

Así como el marido ha de ser cabeza del hogar, la mujer será en él su corazón. Por eso la familia sufrió un rudo golpe cuando ella, por decisión propia o forzada por inclementes motivos económicos, abandonó su casa para realizarse o para obtener afuera un ingreso perentoriamente necesario.

Y observamos por último que, como otra arma apuntada contra la estructura familiar y, en general, contra la organización de la sociedad y la armonía de la naturaleza, se han puesto en tela de juicio las ulterioridades derivadas de la existencia obvia de dos sexos, negando que los hombres sean cabalmente hombres y las mujeres cabalmente mujeres.

Pero, curiosamente, mientras se procura empeñosamente destruir la familia, al mismo tiempo se la exalta y se formula su elogio, presentando las medidas propuestas para destrozarla como dirigidas a protegerla y mejorarla. Así se sanciona el divorcio aduciendo que contribuirá a la paz familiar y permitirá constituir nuevas familias. Se impide la llegada de los hijos proclamando que ello facilitará la educación de los pocos que vean la luz. Se autoriza el aborto para evitar la perturbación familiar que supondría la llegada de chicos no deseados. Se menoscaba la autoridad paterna en homenaje a la dignidad materna y a la felicidad de la prole. Se intenta igualar los sexos en aras de la armonía entre los cónyuges.

La hipocresía mencionada responde, en última instancia, a que los fines perseguidos mediante el asalto organizado contra la familia son, al fin de cuentas, inconfesables. Inconfesables porque no se los puede confesar impunemente. Ya que las excelencias de la familia no pueden ser negadas sin generar indignación y protesta.

Si tu vocación no supone el celibato, seguramente llegará el momento en que, para responder a ella, deberás constituir una familia. Recuerda entonces que estarás dando principio a una de las aventuras más nobles, alegres y exigentes que pueda correr un hombre.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la noche Duodécima.

ESTADO

En la noche decimotercera, mientras las soledades de una isla perdida en el Atlántico Sur no indicaban la existencia de gobierno alguno, habló El Capitán y dijo:

Fue durante la tercera de estas lecciones que te hablé de la Patria, mencionándote que constituía una realidad insoslayable, situada entre otras dos realidades: la familia y el ancho mundo. Pero no te mencioné entonces que, habitualmente, la Patria se organiza en una entidad necesaria que la articula formalmente: el Estado.

Suelo escribir Estado con mayúscula porque lo respeto y, además, para evitar confusiones con el estado sólido, líquido o gaseoso del agua, por ejemplo.

La Patria no es el Estado ni el Estado es la Patria. Sin embargo es normal que la Patria se manifieste a través del Estado que sustenta. Aunque, eso sí, a la Patria habrás de amarla siempre y a determinadas formas del Estado no sólo podrás no amarlas sino, incluso, aborrecerlas.

Y si te hablo del Estado inmediatamente después de hablarte de la familia es porque, como ella, constituye una institución ineludible cuando de una sociedad ordenada se trata. Que, no obstante, cuenta con devotos y detractores según paso a explicarte.

En algún momento el Estado contó con admiradores incondicionales, que consideraron indispensable fortalecerlo hasta el punto de englobar todas las actividades del hombre, a fin de lograr de ese modo la configuración de una sociedad perfecta, justa, armónica y feliz.

Hoy, por el contrario, se desconfía de él, pretendiendo presentarlo como principal causante de casi todos los males que afligen al hombre.

Los totalitarismos -que imponen múltiples acotaciones para distinguir entre ellos- hicieron del Estado un ídolo. Los liberalismos -también necesitados de distinguos- observaron al Estado con inquina. Bueno será intentar analizar criterios tan opuestos en pos de una postura ecuánime a su respecto. Aclarándose no obstante que algunos totalitarios teóricos no soportan en los hechos la presencia molesta de un Estado entrometido y que algunos liberales teóricos se valen en los hechos del Estado para gobernar despóticamente.

El Estado totalitario asfixia y sojuzga. En busca de logros colectivos suele hacer desgraciado al individuo, olvidando que la colectividad está conformada por personas con nombre y apellido. Además, es frecuente que al realizar actividades que no le son propias lo haga con torpeza y, para peor, permitiendo que sus agentes incurran en aquellas deshonestidades que, genéricamente, se conocen como corrupción administrativa.

En cuanto al Estado que proponen los liberales, observará con prescindencia las luchas feroces que libran entre sí los hombres, a fin de garantizar el libre funcionamiento de los mercados que, por ser libres y por ser mercados, asegurarán por ensalmo de Adam Smith la riqueza de las naciones y sus pobladores. Lo cual, según señala la experiencia, deja el poder en manos de los más fuertes, priva de trabajo a multitud de gente y sume en la miseria a los más débiles.

Luego de esta visión negativa de ambos tipos de Estado será preciso señalar algunas virtudes que, pese a sus defectos, presentan uno y otro. El Estado totalitario permitirá muchas veces acorazar la fortaleza de la Nación, transmitiendo a sus pobladores el orgullo que deviene de sentirse parte de ella. Y el Estado liberal puede proporcionar cierto grado de prosperidad, que beneficiará al menos a una parte de la población.

Para delimitar el campo de la actividad estatal se ha formulado un principio sin duda saludable. Es el Principio de Subsidiariedad, en virtud del cual las entidades de grado más elevado (Estado nacional, Estados provinciales, Municipios, en ese orden) no deben arrogarse los cometidos que puedan cumplir satisfactoriamente las entidades subordinadas a ellas (asociaciones de particulares, individuos).

Tal principio suele ser invocado por los liberales para reivindicar el papel de los particulares en desmedro del que se reserva el Estado. Sin embargo, bien podría ser reivindicado asimismo por los estatistas. Ya que da por supuesto que las actividades respectivas se lleven a cabo satisfactoriamente. De manera que, en caso de no cumplirlas en forma correcta las entidades de grado menor, surge correlativamente del principio la obligación, para las de grado más alto, de cumplirlas como es debido.

La existencia de los Estados-Nación incomoda a quienes impulsan el fenómeno de la mundialización, al cual ya me he referido.

Y, porque constituye un obstáculo para el mismo, hoy se procura desprestigiar el concepto de Estado y destruir las realidades que lo sustentan. Por lo tanto, porque ello responde a intenciones muy concretas y a mi entender perniciosas, estimo que es preciso defender al Estado de los embates que sufre.

¿Mi defensa del Estado significa que justifique su agobiante presencia en todos los terrenos en que se mueven los hombres? De ninguna manera, ya que hablo de un Estado fuerte pero sobrio que, lejos de avasallar las libertades, sirva para custodiarlas.

Hablo de un Estado que, lejos de ser una estructura que facilite sus negocios a los poderosos, contribuya a que la sociedad sea más justa, protegiendo a los débiles pero, al mismo tiempo, poniendo coto a su envidia.

Hablo de un Estado que sirva de andamiaje a la grandeza de la Patria, empleando los medios necesarios para que sea respetada, evitando que poderes extraños resuelvan sobre asuntos de incumbencia propia y frenando codicias de afuera y de adentro.

Hablo de un Estado capaz de garantizar la integridad del territorio nacional y capaz de castigar de manera ejemplar a sus agentes corruptos.

Hablo de un Estado que no sea preciso aguantar sino que suscite el deseo de secundar su acción.

Hablo de un Estado conformado por funcionarios que funcionen y que sirvan a la comunidad en vez de servirse de ella.

Hablo de un Estado que vele por la Patria y se desvele por el Bien Común.

Me dirás quizá que el Estado con que sueño es una utopía. Tal vez lo sea. Pero también es utópico suponer que los poderosos, liberados de toda autoridad, se comportarán generosamente y actuarán como filántropos, limitando sus apetencias en beneficio de los desposeídos. Y es utópico suponer que los ciudadanos, sin la estructura de un Estado que los vincule, podrán oponerse eficazmente a que su país sea despojado por los de afuera. Y es utópico pensar que un conjunto de ciudadanos dispersos pueda construir la grandeza de su Nación.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la noche decimotercera.

TRABAJO

En la noche decimocuarta, mientras un joven cumplía su cometido de puestero en la Gran Malvina y un oficial veterano cumplía con el cometido testimonial que se había impuesto, habló El Capitán y dijo:

Es frecuente que al trabajo se lo considere una maldición. Criterio que aparece como compartible al atardecer de los domingos y que cobra consistencia los lunes por la mañana. Amén de resultar atractivo al promediar la semana, cuando pesan sobre la espalda varias jornadas laborales y aún faltan varias para arribar al ansiado descanso hebdomadario.

En apoyo del referido criterio se invoca, además, una razón metafísica. Pues se dice que la necesidad de trabajar constituye un castigo divino, impuesto por Dios a la humanidad en la persona de sus primeros padres, luego de transgredir éstos el mandato que les había impuesto en el Edén.

Sin embargo, no obstante la aparente solidez de las razones físicas y metafísicas que he señalado, sucede que las cosas no son así. Y te explicaré por qué.

Respecto a los fundamentos metafísicos invocados para presentar al trabajo como una sanción divina, ocurre que Dios, al instalar al hombre en el Paraíso Terrenal, le dio por misión cultivar el jardín en que lo había colocado. Cultivo que resultaba el modo de imperar sobre la tierra, mandato éste que también le impusiera, junto con el de crecer y multiplicarse. De manera que el hombre ha de trabajar, por mandato divino, desde el momento mismo de creada su especie.

Pero aquel mandato imponía una obligación placentera. El hombre dominaría la tierra con su trabajo y colaboraría con el Creador, completando su obra mediante una actividad que cumpliría gustosamente y sin fatiga.

Sobrevino sin embargo el pecado, la desobediencia de Adán y Eva respecto a la prohibición de comer el fruto del Árbol del Bien y del Mal. Y una de las consecuencias del pecado no fue, como he dicho, la necesidad de trabajar, sino que, de allí en más, el trabajo ocasionó fatiga y, con frecuencia, disgusto.

Por cuanto así fueron las cosas, estimo inconsistente la razón metafísica esgrimida en detrimento del trabajo.

No resulta tan fácil de rebatir la razón física aducida contra él. Porque es evidente que, muchas veces, la obligación de trabajar nos causa fastidio y desagrado. Lo cual se traduce en aquel malestar que se hace presente al atardecer de los domingos, se acentúa los lunes por la mañana y agobia al promediar la semana.

Para desvirtuar este argumento, aparentemente corroborado por el tedio que suele invadirnos el ánimo y las protestas de nuestras articulaciones comprometidas por determinadas tareas, es preciso, en primer término, recordar que el trabajo no se reduce a desempeñarse ocho horas en una oficina, a cargar bolsas durante jornadas interminables o a atender la caja de un supermercado bajo el asedio de numerosísimas señoras impacientes. Pues, en efecto, también trabaja el peón de campo que cabalga alegre una tarde de primavera, dejando rodar la vista hasta el horizonte; el carpintero que, satisfecho, observa cómo sus manos hábiles transforman un áspero tronco en una mesa; la madre que se desvive por sus hijos; el ama de casa que organiza un florero para adornar la sala; el fraile que reza antes del amanecer; y el poeta que, empeñoso, pasa horas dedicado a la exigente empresa de capturar una rima esquiva.

Lo que he querido decir al mencionar estas maneras gratas de trabajar es que no siempre trabajar será ingrato. Y, además, quise poner de manifiesto que, cuando pensemos en el ocio, hemos de pensar en una ausencia absoluta de actividad útil, en un no hacer nada, vacuo y monótono o, en todo caso, en una interminable distracción inconducente.

Pues bien, cuando te representes las molestias que puede ocasionar el trabajo, deberás contraponerlas a las molestias que puede ocasionar el ocio. El ocio entendido del modo que te acabo de describir, o sea como holganza total y estéril. Y, si practicamos esta comparación, advertiremos que el ocio absoluto es intolerable. Con lo cual queda desvirtuada la razón física opuesta al trabajo.

Antes te he explicado que todos tenemos una vocación y que hemos de responder a ella para ser felices. Ahora agrego que responder a una vocación supone siempre trabajo. Trabajo de distinto tipo, variadísimo, que incluye el esfuerzo de arrancar carbón a las entrañas de la tierra y el esfuerzo de dar la pincelada final a una obra maestra. Si, para ser feliz, es preciso responder a la propia vocación y si, para responder a la propia vocación es preciso trabajar, quedaría demostrado que, para ser feliz, trabajar es necesario.

Bien asentado cuanto antecede, quiero agregar un argumento en favor del trabajo, que consiste en lo siguiente: responder a la propia vocación, amén de constituir el modo de alcanzar esa felicidad relativa que cabe alcanzar en la tierra es, además, el camino señalado para alcanzar el cielo.

La vida eterna se conquista, en efecto, viviendo la vida temporal conforme a cómo previó Dios que habríamos de vivirla. O sea haciendo aquello que nuestra peculiar vocación exige que hagamos. Por lo tanto, el trabajo que ejecutemos conforme a nuestra vocación será la materia de nuestra santificación.

Visto desde este ángulo, el trabajo adquiere una dignidad y una categoría singulares. Ya que, observado como materia de santificación, se reviste de una trascendencia muy superior a la que le asignan, incluso, quienes se han empeñado en presentarlo bajo sus aspectos más nobles. Aspectos tales como considerarlo instrumento para una efectiva realización personal o como medio fundamental para la creación de riqueza.

Si el trabajo es materia de santificación, se desprenden de ello algunas consideraciones capitales. La primera es que debe realizarse teniendo muy presente tal virtualidad, vale decir que hay que realizarlo de cara a Dios, procurando ejecutarlo con la mayor perfección posible. Porque a Dios no se le ofrecen dones de segunda selección, como las

espigas apestadas y mal granadas que le ofreció Caín. La otra consecuencia es que, dado que nuestro trabajo debe ser una ofrenda a Dios, bueno es ofrecérselo explícitamente, antes de comenzarlo y mientras lo estemos ejecutando. Hay que recordar, además, que un trabajo que se pretende realizar perfectamente ha de terminarse perfectamente, sin darlo por concluido hasta que se haya dado remate al último detalle.

Y, para completar estas referencias al trabajo, me parece oportuno insistir respecto a que la misericordia de Dios ha permitido al hombre completar su obra creadora, circunstancia que, quizá como ninguna otra, confiere al trabajo humano una dimensión de implicancias inagotables.

La cibernética y la devoción por el libre juego de las leyes del mercado han generado un problema pavoroso: la falta de trabajo para millones de personas. Cabe preguntarse, ante este problema, qué hará un hombre para santificarse cuando no tiene trabajo. Respondiendo diría que deberá imponerse como un trabajo la tarea de buscarlo y, además, deberá desarrollar esforzadamente alguno, aunque no lo realice para ningún empleador y no esté remunerado.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la noche decimocuarta.

MILICIA

En la noche decimoquinta, mientras enmohecían bajo la turba de *Goose Green* las municiones de una ametralladora silenciada años atrás, habló El Capitán y dijo:

La condición militar se adquiere de una vez y para siempre. Por eso, aunque mi nombre haya desaparecido hace mucho de los registros del Ejército Argentino, yo sigo siendo militar y me precio de ello. Sin embargo, no quiero que veas en las palabras que pronunciaré esta noche un alegato gremial, formulado en defensa de mi oficio. Aunque esa defensa resultaría oportuna, dadas las insistentes difamaciones que padecemos quienes consagramos nuestras vidas al servicio de las armas.

La casta de los guerreros (y admito que en cierto modo constituimos una casta) ocupaba una posición honorable en la estratificación social establecida por Platón. Pues a ellos estaba confiada la defensa de la polis y era al amparo del coraje de los soldados que los gobernantes podían legislar y las mujeres velar por sus hogares. Pero, de Platón hasta aquí, ha corrido mucha agua bajo los puentes.

Hoy, en efecto, el soldado no solo suscita desconfianza sino que es objeto de incomprensiones y calumnias, puesto incluso en tela de juicio el contenido de su vocación peculiar. Cosa que no debe extrañar, pues en el centro de tal vocación se encuentran el amor a la Patria, el afán de servicio, el coraje y la aptitud para ejercer una violencia justa. Y

ocurre que todos esos componentes de la vocación militar están en entredicho.

El amor a la Patria, en efecto, ha perdido su objeto, desde el momento que, como ya te he dicho, se procura eliminar las naciones soberanas en aras de un mundialismo pernicioso. El servicio impone esfuerzo y sacrificio, términos éstos contradictorios con la vida muelle que se presenta como paradigma de la existencia humana. El coraje es asimilado al llamado machismo y a la cobardía mirada con comprensión solidaria.

En cuanto a la violencia justa que he nombrado, merece una reflexión más extensa e impone formular varias precisiones. Pues ocurre que a la violencia se la presenta como el mayor de los males, desvirtuando su empleo cualquier acción que se realice valiéndose de ella.

Yo no discuto que la violencia sea mala porque lo es. Causa estragos tremendos, las consecuencias derivadas de utilizarla ocasionan infelicidad y puede configurar una razón que no se apoye en razones. Así, la guerra, expresión característica de la violencia, constituye uno de los mayores azotes que haya sufrido la humanidad desde la noche de los tiempos. Mientras su contrafigura, la paz, constituye una bendición del cielo anhelada por los hombres. Debemos, por ende, procurar que la paz impere en el mundo y agotar los medios para evitar la guerra.

Sucede no obstante que la guerra, siendo un mal y una desgracia, no es el mayor de los males ni la peor de las desgracias. Pues más grave que la guerra es la injusticia y, a veces, para oponerse a una grave injusticia no queda otro camino que recurrir a la violencia.

Porque hay oportunidades en que preservar la posesión del propio territorio, amenazada por injustas apetencias externas, impone a las naciones utilizar la violencia. Y otro tanto acontece si el que se ve injustamente amenazado es el honor de la Patria, en materia grave. Y mantener la seguridad pública supone que los gobiernos puedan reprimir violentamente el delito. Y el evitar verse arbitrariamente despojados de su dignidad o de sus propiedades autoriza a los particulares para usar la fuerza. Y derrocar un regimen despótico, que haya clausurado toda vía pacífica para lograr su reemplazo, habilita la revuelta armada.

Resulta por otra parte que, en general, ha de ser el Estado quien monopolice la violencia, velando sobre la sociedad de tal modo que los ciudadanos no se vean obligados a hacerse justicia por su mano. Y el ejercicio de esa violencia, que ha de monopolizar el Estado, está a cargo de aquellos que hemos recibido como vocación empuñar las armas al servicio de la Nación. Que, lo afirmo enfáticamente, es una noble vocación.

Y quiero dedicar ahora unos párrafos a la guerra, instancia específica para poner a prueba la vocación militar. A nosotros se nos forma y se nos adiestra para pelear eficazmente. Hasta el punto que alguno ha dicho, con sarcástico acierto, que para ser un buen soldado es necesario ser un poco loco. Es decir, poseer el grado de locura indispensable para, llegado el caso, desechar las prudentes razones que informan la conducta de un buen burgués. Y para, llegado el caso, saber lanzarse al asalto de un nido de ametralladoras que nos apunten al vientre. Y para, llegado el caso, sostener una posición en abrumadora inferioridad numérica, hasta después de haber quemado el último cartucho. Y para, llegado el caso, batirse a la bayoneta después de quemado el último cartucho.

Tal grado de locura es requerido para ser un buen soldado. Y el escenario donde ha de acreditarse poseerlo es la guerra. Calamidad, castigo y azote pero, no obstante, instancia límite para el ejercicio del denuedo. Probablemente ningún hombre podrá saber con certeza si es cobarde o valiente, si puede sobreponerse a su cobardía o refrenar su ímpetu hasta no probarse en el riguroso crisol de la guerra. Y será en la guerra donde se le exigirá agotar su capacidad para el esfuerzo, para aguantar, para resistir, para sobrevivir.

Por todo eso la guerra deber inspirar respeto, a la vez que terror. No cabe hablar de ella con liviandad, como no cabe hablar con liviandad de aquellos que han de ser sus protagonistas, es decir de los soldados.

Pero lo más grave de la guerra moderna, lo que le confiere verdaderamente monstruosidad, es que sus protagonistas no sean ya sólo los soldados. Es verdad que en la guerra clásica también sufría el conjunto del pueblo. Sufría en el asedio de las ciudades, sufría en las deportaciones, sufría al ser quemados los trigales, sufría en las levadas que llevaban sus hijos al frente. Sin embargo, tales calamidades no pertenecían a la índole de la guerra ni eran parte necesaria de ella, ya

que el peso de sostenerla recaía sobre los guerreros. Hoy es diferente y la llamada guerra total se libra contra la población toda que, así, ha pasado a ser partícipe ineludible de esa vorágine sangrienta que ayer constituía la liza destinada a poner en acto la vocación militar.

Y así como el conjunto del pueblo debería hallarse excluido del protagonismo bélico, resulta inadecuado desviar la vocación militar, canalizándola hacia la prestación de servicios que no se corresponden con el servicio de las armas.

Es por ello que los ejércitos no están para construir caminos, apagar incendios, prestar auxilio en las inundaciones, aplicar vacunas ni enseñar primeras letras. Aunque todas sean nobles tareas que, esporádicamente, podrán cumplir los soldados sin desmedro de su oficio. Pero que, insisto, no son parte de él. Aunque presentarlas de tal modo obedezca a la buena intención de ofrecer una imagen amable del militar, apta para ser acogida favorablemente por una opinión pública condicionada para abominar de los guerreros.

Tampoco, es verdad, cumplir funciones de gobierno pertenece a la vocación militar. Aunque circunstancias extremas, alguna vez, podrían justificar que los soldados pongan fin a gobiernos cuyas gestiones desastrosas comprometan la existencia misma de una nación.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la noche decimoquinta.

AMOR

En la noche decimosexta, mientras dos hombres experimentaban la ausencia de un hogar que les diera cobijo, habló El Capitán y dijo:

Se hace difícil hablar del amor por muchas razones. Porque de él ya se lo ha dicho todo; porque, para agregar algo a lo ya dicho, habría que expresarse en términos sublimes que no están a mi alcance; porque referirse al amor supone el riesgo de incurrir en cursilerías irredimibles o en torpes groserías; porque el recato nos inhibe para hablar del amor.

No obstante, si lo que me he propuesto es exponerte veinte temas fundamentales en veinte noches sucesivas, omitir el del amor resultaría una exclusión gravísima.

Aunque el amor sea uno sólo, se nos presenta bajo aspectos muy distintos que justifican ser tratados por separado. Así nos encontramos con el Amor de Dios y el amor a Dios.

El Amor de Dios excede en mucho nuestra capacidad de comprensión. Es un amor desmesurado, en virtud del cual Dios, suma de excelencias y perfecciones, llegó a entregarse en la persona del Hijo, para ser muerto de mala muerte a fin de perdonar al hombre su ingratitud sin menoscabo de la justicia. Es un amor del que deriva la

creación de cuanto existe y la conservación de cuanto subsiste. Es un amor supremo, excelso, sin parangón ni medida, que compromete la entrega de todo nuestro amor, aunque todo sea muy poco.

En cuanto al amor a Dios es ese todo que debemos entregar aunque sea muy poco. Ese todo que es muy poco y que habitualmente regateamos con ánimo mezquino. Y que, sin embargo, debemos esforzarnos para que sea todo, con intención de que llegue a ser mucho.

Ya te he mencionado antes el amor a la Patria. De modo que no me extenderé a su respecto esta noche. Reduciéndome a recordarte que has de situarlo entre el amor a la familia y el amor a los demás hombres.

El amor a la familia incluye el amor a una mujer. Que es un amor peculiar pues, al amarla a ella, el hombre también se ama a sí mismo: ama a una parte suya que lo completa, configurando una totalidad armónica.

Las mujeres conforman aproximadamente la mitad de la población del mundo. Vale decir que mujeres hay muchas, millones y millones de ellas pueblan la anchura del planeta. Sin embargo, por un admirable designio divino llegará un momento en que de entre esa infinidad de mujeres habrá una sola, sólo una, que te atraerá irremisiblemente, que convocará con exclusividad excluyente tus sueños y tus instintos, tu carne y tu espíritu, transformándose en meta irremplazable para poder transitar la vida en compañía.

Cuando esto ocurre (y eso se llama enamorarse) tu existencia sufrirá una mutación súbita, enajenante. Y empleo bien el término enajenante pues habrás enajenado tu vida, la habrás donado, ya no te tendrá como eje y referencia sino que la mujer objeto de tu amor ocupará su centro.

Enamorarse constituye una experiencia que no admite comparación ni paralelo. A partir del momento en que el amor irrumpa así en tu vida, ésta cambiará radicalmente. Otro será el color del cielo desde ese instante. Otra la luz del día y otra la oscuridad de la noche. Otro el sonido del viento y otro el ritmo de la lluvia. Otra la sugestión del mar y otra la distancia circular del horizonte. Otra la hospitalidad del leño que arde en el hogar y otra la libertad de la intemperie.

Será otro, en fin, el trato con la gente y el interés por tu tarea, el entusiasmo que suscitan las grandes propuestas y el empeño puesto para dilucidar los pequeños enigmas, la rutina se poblará de aventuras y la aventura se tornará rutinaria.

La felicidad tendrá un nombre, la belleza una figura, sentirás en tu pecho el calor de la ternura y conocerás también la desazón de los celos. Conocerás nuevos gozos y dolores nuevos. Y el gozo contendrá un dolor posible y el dolor un gozo probable.

Enamorarse es todo esto y tanto más que no sé expresar. Se trata de una exaltación que, sublimada, permanecerá a despecho del transcurso del tiempo. Porque, en efecto, el amor irrumpe como una riada repentina, que remansarán los años confiriéndole calidades diferentes.

Y en el amor decantado cobrarán peso y altura la comprensión recíproca, la elocuencia del silencio, la lealtad descontada, la implícita disposición al sacrificio, la larga memoria de recuerdos comunes.

Pero, antes de alcanzar tan apacible estadio, el amor atravesará el período arduo en que oficiará de puntal para la lucha por la vida de dos que miran hacia adelante, hombro con hombro, apoyado un corazón en el otro.

Será en esta etapa cuando lleguen los hijos, multiplicación del amor en otras vidas, florecidas a su abrigo seguro. Llegarán los hijos para otorgar nuevas razones al esfuerzo y para ampliar los círculos concéntricos del cariño. Para agregar amores al amor, deberes al deber y felicidades a la felicidad.

Correlativamente al amor a los hijos debo mencionar el amor de los hijos. Que se descubre tardíamente pues, mientras los hijos se muevan en el campo de atracción que crea el amor de sus padres por ellos, no repararán siquiera en que ese amor suscita en sus corazones una contrapartida de amor, que no es otra que el amor filial. Amor éste que se irá robusteciendo cuando la fuerza de los padres se debilite y la debilidad de los hijos se fortalezca, conforme a una ley de vida.

Te he mencionado el amor de Dios y el amor a Dios, el amor a la patria, a la mujer, a los hijos y el amor filial. No he de agotar aquí la enumeración de los amores que caben en el corazón del hombre, ya que

es grande la capacidad de amar que posee nuestro corazón. Sin embargo, dos amores más he de mencionar.

Uno es la amistad. Forma peculiar del amor, nobilísima y desinteresada. Pues no es verdad que haya amistades interesadas, ya que esas no son amistades. Con el amigo, la lealtad recíproca será un valor entendido. Con él se ha de estar a gusto sin reparar en ello. Contrariamente a lo que suele decirse, a los amigos no se los elige: la amistad se anuda sin que nos hayamos propuesto anudarla, en razón de afinidades y de contraposiciones que se armonizan secretamente. Por otra parte, no es conveniente que la amistad se declare ni que se formulen protestas referidas a su solidez: cuando existe se la dará por supuesta y mencionarla explícitamente producirá molestia en los amigos.

Y te aconsejo desconfiar de quienes no tienen amigos; también de quienes tengan demasiados amigos.

El amor que quiero citar finalmente no sé si puede llamarse amor. Porque es un amor unilateral, amputado de reciprocidad y correspondencia. Se trata del amor por los objetos que nos rodean, el amor a las cosas bellas que han acompañado por mucho tiempo nuestras vidas, confiriéndole un marco inanimado pero amable, del cual nos costará arrancarnos llegado el caso. Aquel que haya fumado muchos años la misma pipa, que se haya sentado repetidamente en un viejo sillón deformado por su peso, que haya habitado aquella casa que lo vio crecer, que haya desgranado mil veces las cuentas del mismo rosario, que haya repasado hasta el hartazgo las páginas del mismo libro... quien conozca en fin alguna de éstas u otras situaciones equiparables, sabrá de qué hablo cuando hablo del amor por los objetos queridos.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la noche decimosexta.

DOLOR

En la noche decimoséptima, mientras ciertos dolientes sufrían en la asepsia de los hospitales y algunos solitarios añoraban presencias perdidas, habló El Capitán y dijo:

El del dolor es, probablemente, el problema de explicación más ardua que se nos haya planteado a los hombres. Tanto es así que muchos han renunciado a explicárselo y, por mi parte, vacilo en abordarlo. Estimo no obstante que supondría una cobardía soslayarlo, de modo que te hablaré del dolor esta noche, como quien avanza vacilando y tanteando temeroso el terreno que pisa.

La existencia indudable del dolor es una realidad que nos llena de pavor y frente a la cual tendemos a rebelarnos. En términos temporales, se trata de la más temible de las realidades. La peor de las tragedias, en efecto, dejaría de ser tal si no nos produjera dolor. Dolor físico o moral, pero dolor al fin.

Con un agravante aún. Que consiste en que los hombres somos atraídos violentamente por la felicidad y, vistas las cosas con

ligereza, parecería que donde aparece el dolor huye la felicidad. De manera que a la presencia penosa del dolor se sumaría la privación penosa de la felicidad.

Se afirma que el dolor moral resulta más insoportable que el dolor físico. Yo no me animo a sostener eso, desde el momento que cierto grado de distracción o enajenación puede hacer cesar esporádicamente el dolor moral, mientras que algunos dolores físicos, implacables y pertinaces, no conceden pausa ni respiro.

De todos modos no es mi propósito comparar ambos tipos de dolor, ni tratar de establecer la capacidad de uno y otro para afligirnos. Mi intención es interrogarme respecto a ellos, considerados en conjunto, sin introducir distingos ni salvedades. Al fin de cuentas, el dolor físico produce dolor moral y, con frecuencia, el dolor moral llega a producir dolor físico.

Hombres con corazones generosos han visto en la presencia del dolor un obstáculo insalvable para aceptar la existencia de un Dios bondadoso y justo. Ya que observan que un Dios bondadoso que, además, sea todopoderoso, jamás permitiría que el dolor se hiciera presente en la vida de los hombres. Añadiendo a ello que un Dios justo que, además, sea todopoderoso, jamás permitiría que el dolor afligiera a los inocentes.

Y estos hombres generosos traen a colación, para fundar su rechazo, ejemplos aparentemente irrefutables: niños de pocos años consumidos por el cáncer, jóvenes madres que se quedan viudas, incendios que consumen jardines de infantes, los efectos de la guerra, los terremotos y los huracanes sobre víctimas indiscriminadas.

Frente a tales ejemplos, reiterados a diario, nuestro espíritu vacila y nos inclinamos a compartir la dolorosa perplejidad de aquellos hombres generosos. Pero, a despecho a esta inclinación comprensible, debemos echar mano a la fe para intentar obtener respuestas y para evitar que nuestro corazón claudique, sumándose a la perplejidad de esos hombres.

Tal apelación a la fe, esforzada, a contrapelo, nos irá proporcionando no obstante elementos sucesivos para aproximarnos a la respuesta buscada. Y advertiremos así, en primer lugar, que el

problema dramático que supone la presencia del dolor en el mundo no puede resolverse sin recordar la realidad del otro mundo.

Porque la existencia del dolor no se explica sin la existencia de otro mundo. Y la existencia de otro mundo se explica por la existencia del dolor. Una y otra se requieren y complementan. La existencia del dolor del inocente exige la existencia de otro mundo donde ese sufrimiento sea compensado y se torne fecundo. La existencia de otro mundo se demuestra por la necesidad de que aquel sufrimiento sea compensado y fructifique.

Es éste un aspecto fundamental para la comprensión del dolor. Ya que anula el injusto absurdo del dolor inútil, sufrido además sin culpa personal. No podemos imaginar los hombres el grado de felicidad que depara alcanzar el cielo. Una felicidad tan intensa que, ante ella, los peores sufrimientos padecidos en la tierra se diluyen en un gozo inefable. Alcanzado en virtud de esos sufrimientos.

Otro aspecto a considerar es que el dolor, ofrecido y sufrido por amor, determina méritos. Méritos que permiten alcanzar la felicidad del cielo y que, además, serán aplicados a terceros necesitados de ellos, mediante la economía solidaria de la comunión de los santos. Asumido de tal modo, sorprendentemente, el dolor no sólo no es incompatible con la felicidad sino que puede ser causa de ella.

Observamos así que no siempre el dolor es estéril, gratuito y arbitrario. Pues el amor lo torna fecundo y eficaz. Máxima expresión de lo cual fueron los sufrimientos de Cristo en la cruz, mediante los que redimió a los hombres por amor.

La redención, en efecto, pudo realizarse por distintos medios. Pero Dios, siendo Dios, eligió no obstante el dolor para redimirnos. Cosa que revela una virtualidad peculiar en el dolor, que no por misteriosa deja de ser significativa.

Pese a lo dicho, es preciso recordar que Dios no quiso el dolor. Creó al hombre libre de sufrimientos y fue el pecado el que trajo al mundo el dolor. Pecado que alteró los planes de Dios y del que todos somos corresponsables, en tanto descendientes de quienes lo cometieron. Por eso, estrictamente hablando, ningún hombre es absolutamente inocente y no se violenta la justicia por el hecho de que a

cualquiera de nosotros, culpables con Adán, nos alcance una parte del dolor generado por su pecado.

Hay sin embargo otras razones, de menor altura, que nos pueden servir como pistas para penetrar un poco en el terrible enigma del dolor. Razones subordinadas, que quizá ni siquiera puedan llamarse razones pero que nuestro entendimiento acoge sin repugnancia.

Me refiero a cierta vaga percepción que nos señala que todo lo que vale cuesta, que nada grande se obtiene sin pagar por ello un precio. Un precio que supone dolor. Dicho llanamente, todos sentimos que hay algo de cierto en el refrán que expresa: el que quiere celeste que le cueste.

En este sentido conviene reparar en que no hubo héroes que alcanzaran sin sufrimiento su condición de tales: sea en el plano sangriento de la batalla, sea en la apacible exigencia cotidiana. Tampoco se recuerdan grandes amores que no hayan transitado por el dolor o al menos lo hayan entrevisto como posibilidad rigurosa.

Basta repasar los poemas que evocan las figuras y las acciones que constituyen hitos para la humanidad. Siempre hallaremos al dolor en ellos, desde el derrotado Aquiles hasta el sufrido Martín Fierro, pasando por Orfeo y Sigfrido, por el Cid, Rolando, Bernardo del Carpio, Amadís, Romeo, Cirano y don Quijote.

No pretendo, desde luego, haber acallado en tu espíritu las borrascas que suscita considerar el dolor o topar con él. Pero acaso haya podido llevarte a admitir que una lógica misteriosa puede llegar a explicarlo. Una lógica que, paradójicamente, incluye al amor entre sus razones esquivas.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la noche decimoséptima.

ECOLOGIA

En la noche decimoctava, mientras los restos del que fuera un árbol ardían junto al asador y los restos del que fuera un cordero chirriaban ensartados en él, habló El Capitán y dijo:

Cualquier hombre que posea un mínimo de delicadeza respeta la naturaleza y frecuentemente se extasía ante los despliegues de hermosura que suele ofrecer, en forma de bosques, de crepúsculos, de olas, de valles y montañas, de flores y colibríes, de tigres y ventisqueros.

Y eso ha sucedido desde siempre, desde mucho antes de que a alguien se le ocurriera hablar de ecología. Porque verdaderamente lastiman a un espíritu delicado las depredaciones ociosas que ciertos

bárbaros, pasados y presentes, suelen infligir a la asombrosa obra del Creador.

¿Quién, en efecto, podría contemplar sin estremecimiento cómo ardían las praderas detrás de los desgreñados jinetes que avanzaban sobre la vieja Europa desde las profundidades asiáticas? ¿O quién permanecerá impasible ante el clamoroso derrumbe de una gran araucaria, abatida por el hacha? ¿O ante la agonía de un zorzal, sometido a toda la crueldad que pueden ejercitar los niños? ¿O ante los muñones de los plátanos municipales, agredidos por el odio forestal que distingue a los ediles suburbanos?

Este embeleso ante la naturaleza y el asombro consiguiente se reflejaron en las religiones paganas, que rindieron culto al sol y a los astros, al fuego, a la fecundidad y a ciertos animales a los cuales confirieron dignidad divina. Y estuvieron presentes en la Escritura, en las prescripciones apuntadas a dejar descansar las tierras de labranza, en las metáforas plagadas de referencias a los Cedros del Líbano, a las vides y las espigas, a la lluvia y la siembra.

Y, como no podía ser de otro modo, el cristianismo se muestra también respetuoso de la naturaleza. Jesucristo dará por descontado que nadie dejará de auxiliar a su buey caído en un pozo, aprobará que el pastor salga en busca de la oveja perdida, celebrará el rinde de las semillas arrojadas en buena tierra y demostrará conocer los anuncios meteorológicos que expresan las nubes del ocaso.

Por otra parte, no puede extrañar tal actitud del cristianismo, ya que en el respeto a la obra del Creador se estará expresando el respeto a éste.

Advertirás por tanto que considero indiscutible la conveniencia de conducirse con amorosa solicitud respecto a la naturaleza y al medio que constituye la morada construida por Dios para el hombre.

Ocurre sin embargo que, no obstante la conveniencia de conducirse con esa amorosa solicitud, la obsecuencia ante la naturaleza, preconizada por la ecología, requiere de precisiones y acotaciones que quiero formular esta noche.

Porque en la ecología suelen embozarse dos niveles de falsedad. El primero es grosero y obedece a su instrumentación por

parte de quienes quieren hacer de ella una herramienta revolucionaria. Invocarán así la defensa del medio ambiente para oponerse a la construcción de un cuartel, para limitar los nacimientos o para impedir la instalación de una fábrica norteamericana. Y argumentarán que las voces de mando de los sargentos espantarán los estorninos, que el aumento de la población mundial pondrá en peligro la supervivencia de los castores y que el humo de la fábrica afectará el vuelo de los abejorros. Callando los verdaderos motivos de sus protestas: que detestan a los militares, que les repugnan las prescripciones de la Iglesia Católica y que abominan de los Estados Unidos.

El segundo nivel de falsedad se vincula con ciertas posiciones filosóficas que proponían rendir culto a la naturaleza, transformándola en instancia suprema ante la cual hemos de inclinarnos. Actitud que incluye hoy día una suerte de negativa tácita a señorear sobre la tierra.

Resulta por cierto curiosa esta negativa cuando, simultáneamente, la ciencia humana ha invadido territorios que le están vedados, jugando con elementos delicadísimos vinculados con el origen mismo de la vida. Y, así, nos encontramos con que el hombre, como un temible aprendiz de brujo, intenta usurpar el papel del Creador valiéndose de la manipulación genética mientras, a la vez, se abstiene de contrariar la naturaleza favoreciendo la multiplicación de los lobos.

Consideradas todas estas circunstancias resultaría entonces que la actitud adecuada ante la naturaleza será la de un dominador respetuoso, la de un enamorado investido de autoridad. Cazarás las fieras que amenacen tus rebaños, sin extinguir su especie. Te valdrás de la energía latente en un curso de agua, sin agotarlo y sin causar inundaciones desastrosas. Utilizarás piedras para edificar tu casa, sin que ello implique allanar la colina de donde las extraigas. Y derribarás los árboles que necesites para poner mástiles a tus naves, sin devastar el bosque en que se alzaban.

Me preguntarás quizá si este tema merecía dedicarle íntegra una de las noches con que contamos para tratar veinte temas capitales. Y te responderé que no estoy seguro de que así sea. Creo sin embargo que no hemos perdido el tiempo. Porque con la ecología sucede que la declaración de sus propósitos aparece como indiscutible, ya que se contrapone a los excesos en que incurre la moderna barbarie con relación a la naturaleza, sin duda imperdonables. Pero ocurre también que tal formulación, aparentemente inobjetable, encierra desviaciones

sutiles y dañinas que es preciso advertir. Bueno es respetar la naturaleza y poner límites a una técnica que la está aniquilando. Pero no es bueno llevar el respeto a la categoría de veneración y abominar de la inteligencia práctica del hombre. Además siempre conviene evitar el ridículo.

Y es ridículo, amén de perverso, conmoverse por la suerte de las ballenas azules y permanecer indiferente ante la de millones de chicos asesinados en el vientre materno. Y es ridículo escandalizarse porque una mujer se adorne con un abrigo de pieles o porque un hombre canalice su instinto de cazador disparando sobre bestias silvestres. Y es ridículo permitir que los nidos de paloma obstruyan admirables górgolas góticas y que se multipliquen los escorpiones en las reservas naturales. Y es ridículo prohibir que se abata el árbol cuyas raíces remuevan los cimientos de una casa o sanear los pantanos en que se asienten nubes de mosquitos.

Prueba, por último, de las implicancias del tema es la actuación de los partidos políticos llamados "verdes", que por lo general son rojos y hacen blanco de su negra inquina diversos proyectos y realizaciones de gobiernos que no son de su agrado.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la noche decimoctava.

ARGENTINA

En la noche decimonovena, mientras las mismas olas rompían contra las costas de la Patagonia y de la Gran Malvina, habló El Capitán y dijo:

Ya me he referido genéricamente a la Patria, pero quiero referirme ahora a mi Patria. A mi Patria que puede ser tu Patria, una vez que hayas tomado la decisión que pronto estarás habilitado para tomar con relación a ella. Te hablaré de la Argentina. De la Argentina y de los argentinos.

Te hablaré de un país ambiguo, que es y no es, que los argentinos no concordamos en cómo fue y que podrá ser o no ser.

Digo que la Argentina es y no es pues, en efecto, fuera de algunas realidades tan obvias como un lugar en los Atlas, un pasaporte con el escudo nacional o una camiseta de fútbol celeste y blanca, su mismo ser parece depender de los ojos con que la miremos sus hijos, de la emoción que su nombre suscite en nuestros corazones, de la decisión de crearla cada día que abriguemos a su respecto.

Digo que los argentinos no concordamos en cómo fue pues, para unos, nació a principios del siglo diecinueve, el gorro frigio es su símbolo y su población digna de tenerse en cuenta bajó de los vapores antes de cumplirse cien años de su nacimiento formal, apadrinada por el Contrato Social y amadrinada por la libertad de comercio.

Para otros, el origen de la Patria se encuentra en las raíces cobrizas de las tribus del neolítico, exterminadas según ellos por los hombres vestidos de hierro, crueles y ambiciosos, que llegaron desde el otro lado del mar para saquearlas.

Finalmente, para otros (y entre esos me cuento) la antigüedad de la Patria no sólo asume la de aquellas primarias tribus del neolítico sino, principalmente, el pasado clásico de Occidente, en el cual nos injertaron los hombres vestidos de hierro que llegaron desde el otro lado del mar. Hombres que, sin perjuicio de la crueldad o la ambición que pudieran alentar algunos de ellos, fueron denodados, fecundos, portadores irremplazables de la fe, de las letras y las leyes, del orden y la armonía. Hombres en fin que, acaso sin proponérselo, a la vez que corrían su desmesurada aventura, nos transformaban en herederos legítimos de Grecia y de Roma.

La Argentina, en todo caso, es un pasado pasible de interpretaciones diversas pero, sobre todo, es un futuro abierto a los sueños, la generosidad y el coraje de los argentinos.

¿Cómo veo yo ese pasado, pasible de interpretaciones diversas? Lo veo, ya lo he dicho, como una convergencia de grandes espacios, apenas poblados por gentes silvestres, con la tozuda convicción civilizadora de España. Que se plasmó en ciudades de traza regular, con casas anchas e iglesias barrocas; en una administración formalista y papelera; en una población que, mientras seguía soñando

con las aldeas paternas de Castilla, Vizcaya, Andalucía o Extremadura, ya mostraba en su aspecto rasgos autóctonos, se habituaba a nuestras largas distancias y acentuaba su condición ecuestre.

Y fueron esos hijos de la tierra los que un día, luego de adquirir conciencia de su valía expulsando de Buenos Aires al invasor inglés, consideraron oportuno vivir su propia vida, cortando a golpe de sable los lazos que los unían con sus bisabuelos hispanos. Admito que intereses ajenos se sumaron a su decisión de alcanzar la mayoría de edad. Pero, favoreciera a quien favorecer tal decisión, lo cierto es que la mantuvieron con esfuerzo, templándose en las guerras que generó la misma. Y, demostrando grandeza de miras, los criollos sostuvieron la parada batiéndose en medio continente.

Sobrevinieron años turbulentos, en los cuales vinieron a enfrentarse dos modos de ser diferentes y antagónicos. Soñadores implacables por un lado, que pretendían modificar nuestras ásperas realidades aplicando a sangre y fuego doctrinas importadas; por otro, caudillos arraigados en sus paisajes que defendían a sangre y fuego aquellas realidades ásperas.

Bien o mal surgió de esas batallas una Argentina donde se volcaron gentes de todas partes para hacerla próspera y optimista. Su geografía produjo reses y granos. Soldados frugales domeñaron el desierto y afirmaron la línea de sus fronteras entre fortín y fortín. Resoplaron las locomotoras rumbo a horizontes cada vez más lejanos. Al cumplirse el centenario de su mayoría de edad, un porvenir que se descontaba envidiable se ofrecía a los argentinos, pese a algunas explosiones anárquicas que amenazaron el lucimiento de los festejos.

Al avanzar el siglo veinte, mientras el mundo se batía en una guerra que sepultó sus ilusiones de progreso indefinido, la Argentina siguió acumulando riquezas aunque explícitas amarras económicas conspiraran contra su autonomía soberana.

Luego, mientras el mundo volvía a combatir, la venalidad y la ineptitud de los políticos determinaron que los militares pretendieran reemplazarlos, sin éxito, en el manejo del país. Surgió por entonces un hombre que concitó en su persona el fervor y el encono de la población, dividida otra vez en bandos inconciliables. Desaparecido ese hombre, las cosas no mejoraron. Y la Argentina se despeñó por un plano inclinado de mediocridad y resignación. Caída ésta que se interrumpió

en algunos momentos, a raíz de esfuerzos, meritorios pero finalmente frustrados, que intentaron detenerla. Caída en fin que albergó el trámite de dos guerras definitivas.

En la primera de ellas, los militares lograron derrotar a bandas irregulares que, mediante el terror, pretendieron conquistar el poder y convertir la Argentina en una triste República Socialista. Guerra de desenlace paradójico, pues los soldados que vencieron en ella fueron más tarde vituperados por los beneficiarios de su triunfo, mientras que los terroristas vencidos se erigieron en jueces de sus vencedores, distorsionando las circunstancias extremas en que se libró el enconado combate.

De la segunda guerra te hablaré la próxima noche.

He ahí, resumida al punto de correr grave peligro de distorsión, la historia de mi Patria, que quiero sea la tuya. De una Patria cuyo mismo ser, como te dije, parece depender de los ojos con que la miremos sus hijos, de la emoción que su nombre suscite en nuestros corazones, de la decisión de crearla cada día que abriguemos a su respecto. De una Patria cuyo pasado los argentinos no hemos concordado en cómo fue pero que, observado y recordado con amor filial, puede llegar a aparecer amable e incluso admirable. De una Patria, eso sí, cuyo futuro aún está abierto a todas las posibilidades. Y que, por lo tanto, está perentoriamente necesitada del empeño de los argentinos para alcanzar el mejor de sus destinos posibles.

¿Es absurdo imaginar que ese posible destino sea, finalmente, un destino de grandeza? Estimo que no es absurdo imaginarlo. Las virtualidades necesarias para ello no faltan. Allí está un pasado maleable, que admite ser sublimado y asumido. Allí está un presente penoso que, no obstante, podría estar conteniendo una realidad sofocada y misteriosa, velada por el momento pero apta para revelarse magnífica y luminosa. Y allí está, por último, ese futuro abierto a todas las posibilidades y que podrá ser brillante en la medida que los argentinos nos esforcemos por que así sea. Tal es el futuro que te invito a forjar denodadamente.

Dicho esto calló El Capitán y concluyó la noche decimonovena.

MALVINAS

En la noche vigésima, mientras el fragor de la borrasca simulaba en las islas el fragor de la batalla, habló El Capitán y dijo:

He dejado para la última noche referirme al punto que explica mi presencia aquí y en el cual confluyen muchos de los temas que hasta ahora he tocado.

Porque las Malvinas en general y muy particularmente la guerra sostenida para recuperarlas, se vinculan estrechamente con el pasado y el futuro de la Patria, con la actitud a asumir respecto a ella, con Dios y con Occidente, con la milicia, con el amor y el dolor.

Antes de seguir adelante debo dejar en claro que, en cuanto tales, las islas verdaderamente poco importan. Ya que la Argentina bien puede prescindir del lejano archipiélago que Inglaterra le arrebatara hace casi dos siglos. Al país le sobran kilómetros cuadrados y le faltan habitantes para poblarlos; le alcanza el petróleo que duerme en sus profundidades continentales; en el mar sobre el cual ejerce jurisdicción abunda la pesca y son escasos sus buques pesqueros; las necesidades de su estrategia no le imponen contar con otro punto de apoyo en el Atlántico; le bastan los paisajes del resto de su mapa para atraer legiones de turistas. Y fatigaría a sus funcionarios administrar esas tierras inhóspitas, habitadas para peor por gentes hostiles.

Las islas, en efecto, poco importan. Pero sí importa, y mucho, la decisión de no consentir que nos despojaran de ellas. Ninguna nación digna puede admitir que se le arrebate lo que es suyo, permaneciendo plácidamente indiferente ante el despojo. Las Malvinas importan porque son causa y motivo para ejercitar la capacidad de respuesta de nuestro pueblo, son banco de pruebas para verificar nuestra aptitud para oponernos a la injusticia, son el elemento catalítico capaz de desencadenar las reacciones naturales de un organismo social saludable.

No me interesa la posesión concreta de las islas; me interesa la voluntad argentina de lograr tal posesión. No me interesa el triunfo; me interesan las ganas de conseguirlo.

Podrás preguntarme: ¿qué se puede entregar a cambio de las Malvinas? Y te respondo: nada. Al fin de cuentas, nada se debe entregar a un ladrón para recuperar el reloj que nos haya robado.

Por eso, aunque mi postura pueda discutirse, defiendo obstinadamente la decisión adoptada en 1982 de llegar a la instancia suprema de la guerra, dadas las circunstancias que la rodearon.

He resumido en un decálogo personal las razones que me llevan a compartir esa decisión y te las mencionaré enseguida, de

manera clara y sintética. Lo cual no quiere decir que no existan otras razones para fundar una crítica. Fundada quizá en atendibles razones de oportunidad y de comparación entre causas y efectos.

1)- Defiendo la guerra porque eran justas las reivindicaciones argentinas que la impulsaron. El derecho estuvo de nuestra parte, ya que histórica y geográficamente las Malvinas son argentinas. O sea que la primera razón es que teníamos razón.

2)- Defiendo la guerra porque obedeció a una decisión autónoma del país. Actitud que ha de valorarse especialmente en épocas como las actuales, en que la llamada mundialización procura amputar a las naciones su capacidad soberana para resolver sobre las cuestiones que les atañen. Y una nación que no puede resolver sobre tales cuestiones no es cabalmente una nación.

3) - Defiendo la guerra porque la decisión de librarla se mantuvo hasta sus últimas consecuencias. Cosa que le confirió seriedad y dramatismo, librándonos del ridículo que hubiera supuesto emprenderla y retirarse al tener noticias de que la flota inglesa había zarpado hacia el sur.

4) - Defiendo la guerra porque se combatió por el honor nacional. Inglaterra, en efecto, llevó la situación al punto de no dejar abiertas alternativas decorosas. Y custodiar el decoro de la nación puesta a su cargo es una de las responsabilidades de los gobiernos. Aunque ello se haya olvidado junto con el concepto mismo del honor, colectivo y personal.

5) - Defiendo la guerra porque tuvo por efecto reavivar el patriotismo. Ya he hecho el elogio de esa virtud, también olvidada en los días que corren. Y el patriotismo se encendió en los argentinos durante la guerra, según pudimos comprobarlo quienes vimos el florecimiento de banderas que se produjo entonces y el fervor con que la población siguió el curso de la batalla.

6) - Defiendo la guerra porque demostró que los argentinos éramos capaces de unirnos tras una gran empresa compartida. Pues ocurrió que, aunque luego cundiera el desaliento y se multiplicaran las críticas, en aquel momento todos, casi sin excepciones, acompañamos la decisión de recobrar lo nuestro por la única vía abierta para intentarlo.

7) - Defiendo la guerra porque dio lugar a actos heroicos. No afirmo que todos se batieran heroicamente durante ella, pero sí me consta que algunos lo hicieron, llegando en muchos casos a entregar su vida en el empeño. Y sucede que las naciones no sobreviven si no cuentan en su haber con el sustento ejemplar del heroísmo, tal como decía Manfred Shönfeld⁹.

8) - Defiendo la guerra porque estimuló el sentimiento religioso de los argentinos. Un rosario blanco llegó a ser el distintivo de nuestros soldados; las iglesias del país se llenaron de fieles que rezaban para que se alcanzara la victoria o se concluyera una negociación honorable, a la vez que pedían por el feliz regreso de los soldados; la operación de desembarco en las islas llevó el nombre de María Santísima. Detalles todos que prueban esa revitalización de la fe a que me refiero.

9) - Defiendo la guerra porque colocó bajo la atención del mundo nuestros reclamos, desatendidos a lo largo de un siglo y medio. Esto es indiscutible, aunque después se dijera que llegar a emplear las armas perjudicó las reivindicaciones argentinas.

10) - Defiendo la guerra porque constituyó, en germen, una demostración de cuál es la auténtica versión de Occidente. Te he explicado ya, en la Noche Segunda, qué significa Occidente. No te expliqué, sin embargo, que no han faltado quienes lo identificaran con el capitalismo norteamericano, enfrentado en una época con el colectivismo soviético. Y la guerra por las Malvinas, librada contra Inglaterra y los Estados Unidos, sin ayuda soviética y en defensa de valores propios de la Civilización Occidental, contribuyó a demostrar en qué consiste ésta.

Poco debo agregar al decálogo expuesto. Solamente reiterarte que justifica mi presencia en las islas, tendiente a sostener mediante el testimonio los altos simbolismos de la guerra. Un testimonio que he prestado durante largos años de manera pasiva, pero que quizá requiera del sacrificio para completar su elocuencia.

Observaré por último que, con frecuencia, se dice de las Malvinas que son un territorio irredento. Sin reparar quizá en el alcance del término, ya que redención supone efusión de sangre.

⁹ Periodista nacido en Alemania, de origen judío, que puso su pluma al servicio de las mejores causas argentinas.

Dicho esto concluyó la Noche Vigésima, calló El Capitán y dio por terminadas sus lecciones.

Calló El Capitán y sus rasgos se distendieron, revelando el alivio de quien ha concluido una misión difícil. Guardó silencio por un momento, estiró las piernas y anunció:

-Ahora me voy.

James se había quedado pensativo, meditando las últimas palabras de El Capitán y, a partir de ellas, haciendo un repaso de todo cuanto había oído en esas veinte noches sucesivas, durante las cuales se fuera asomando a múltiples perspectivas que nunca hubiera supuesto llegar a considerar. Pero el anuncio de El Capitán lo arrancó de sus cavilaciones, poniéndolo ante la certeza de que esa experiencia había concluido y que aquel hombre singular, que inopinadamente irrumpiera en su vida, se alejaría de ella dejándolo nuevamente solo. Solo y ante una ardua disyuntiva que, lo sabía, habría de obligarle a adoptar una determinación trascendente. Quiso sin embargo demorar las cosas y retener por más tiempo a su huésped cerca suyo.

-Usted no puede irse Capitán. Es noche cerrada y está lloviendo.

-Me quedé porque entendí cumplir una obligación a tu respecto. La obligación está cumplida. Y no puedo concederme demoras ni postergaciones. Aunque me quedaría con gusto, porque estoy cómodo aquí y porque te he tomado mucho más afecto del que pudieras imaginarte.

-¿Pero adónde se va ir usted? ¿Qué es lo que tiene que hacer? ¿Qué es lo que debe realizar con tanta urgencia?

-Ya te lo he dicho alguna vez: me voy a todas partes y a ninguna. Seguiré prestando el testimonio de mi presencia en las Malvinas. Tal como lo he venido haciendo hasta ahora o de otro modo. Porque quizá este testimonio exija una culminación, una ofrenda final que complete su sentido.

-Muy bien, debo suponer que sabe lo que hace. Pero permítame que le dé algunas cosas que le vendrán bien. Llévese esa ropa mía que tiene puesta. Llène su mochila de provisiones. Y permítame regalarle este fusil con sus cargadores, que le servirá para cazar y para defenderse.

-Te acepto la ropa y los víveres. Quedate con el FAL y las municiones, que te pueden hacer falta. Además, yo sé muy bien dónde hay armamento abandonado en las islas. Si quisiera, podría proveerme de un equipo completo de comando. Ahora, adiós. Y recordá que está

en tus manos tomar una decisión fundamental con respecto a tu vida. No la tomés ahora porque podrías precipitarte. Considerala con calma, atendiendo a los dictados de tu inteligencia y, sobre todo, de tu corazón. Adiós, Jaime.

Puestos de pie, James y El Capitán se abrazaron estrechamente. Como ambos estaban conmovidos, la despedida fue breve, a fin de evitar que uno viera lágrimas en los ojos del otro. Después El Capitán giró sobre los talones, empuñó su grueso bastón, abrió la puerta, bajó tres peldaños hasta pisar el suelo empapado y se alejó con andar un poco vacilante. James permaneció inmóvil, viendo cómo las sombras se tragaban la silueta del oficial.

+++

Durante algunos instantes James pudo oír los pasos de El Capitán que se alejaba. Paulatinamente, ese sonido rítmico y apagado fue absorbido por el de la lluvia que seguía cayendo.

Miró el muchacho su reloj y advirtió que aún faltaban varias horas para que empezara a amanecer. Resolvió echarse a dormir, pese a sentir un cargo de conciencia al comparar su situación con la que estaría viviendo El Capitán, avanzando quizá sin rumbo en medio de la tormenta. Pese a ello, pronto se quedó profundamente dormido.

+++

La luz que entraba a través de los vidrios empañados despertó a James. Debido a esos rápidos cambios de tiempo que son característicos en las Malvinas, el sol brillaba ya alto. Se dispuso el muchacho a desayunar y retomar la rutina que presidía sus días en el puesto. Pero una extraña opresión lo desazonaba.

Volvió a imaginar la marcha de El Capitán, en dirección a todas partes y a ninguna. Y procuró deducir cuál sería esa dirección. ¿Se encaminaría hacia el oeste, hacia las costas más próximas a la Argentina? ¿O, valiéndose del medio que utilizaba habitualmente y que James no conocía, cruzaría el estrecho de San Carlos para internarse en la Isla Soledad?

Claro que, para deducir el itinerario del Capitán, James debía penetrar en su espíritu, establecer sus propósitos inmediatos y, en base

a ello, extraer conclusiones. Y ocurría que no se sentía en condiciones de instalarse en el ánimo del oficial ni, por consiguiente, de intuir sus intenciones. Apuró un café con leche y siguió planteándose preguntas sin respuesta, referidas todas a aquel visitante a quien ya echaba de menos, como si se hubiera llevado con él un retazo irreemplazable de su propia vida.

Por lealtad hacia el oficial decidió formularse un planteo sistemático, dirigido a resolver sobre su nacionalidad y acudiendo para ello a los conceptos extraídos de las veinte lecciones oídas en otras tantas noches. Sin embargo, pese a su propósito, se notaba impedido para desarrollar algún razonamiento metódico. Sólo intentaba imaginar dónde estaría El Capitán y qué se podría proponer llevar a cabo.

Así se le hicieron presentes con meridiana claridad algunos párrafos pronunciados por su singular maestro la noche anterior.

Sobre su testimonio, el Capitán había dicho que durante largos años lo había prestado de manera pasiva, pero que quizá requiriera de una ofrenda final para completar su sentido. También había dicho que a las Malvinas se las considera un territorio irredento, sin reparar en que la redención supone efusión de sangre.

¿Qué había querido expresar El Capitán con esas frases?

De pronto James lo intuyó. Una sospecha que rápidamente se transformó en certeza estalló en su mente. Certeza quizá incompleta, con más de palpito premonitorio que de conclusión rigurosa pero certeza al fin.

¿Qué se proponía hacer El Capitán? James creyó saberlo. Aunque ignorara toda circunstancia referida a ello, el muchacho entrevió un final posible para el cometido ejemplar del oficial. Y se dispuso a actuar en consecuencia. Porque no estaba dispuesto a consentir que sobreviniera ese final.

+++

En el casco de la estancia no causó demasiada sorpresa la llegada de James. Ya que era normal que apareciera por allí para proveerse de víveres y echar un párrafo. Sí sorprendió, en cambio, su pedido de ser trasladado a la otra orilla del estrecho de San Carlos, junto

con su motocicleta. Y eso llamó la atención porque James viajaba sólo un par de veces por año a Port Stanley y porque, además, demostró cierta ansiedad al formular el pedido, sin dar razones claras para explicarlo. De cualquier manera, como al fin de cuentas resultaba natural que un chico joven tuviera ganas de ir a la ciudad, nadie puso reparos en satisfacer su solicitud. Pero, atinadamente, le señalaron que ya era tarde para iniciar el viaje, pues quedaban pocas horas de luz.

A regañadientes aceptó James la sugerencia de quedarse en la estancia hasta el día siguiente. Pues, en efecto, le acuciaba una extraña premura que no admitía pérdidas de tiempo. Pasó una noche agitada, llena de inquietudes y presagios. No había amanecido cuando ya estaba en pie. Pero tuvo que aguardar el comienzo de las actividades en el establecimiento antes de reiterar su pedido de que lo pusieran en la otra orilla del canal.

Contaba la estancia con un pequeño embarcadero y, amarrado al mismo, había un bote de goma impulsado por un poderoso motor fuera de borda. En él se acomodaron James y su BSA, detrás del mecánico del establecimiento que conduciría la embarcación.

+++

Antes de mediodía el tiempo había vuelto a cambiar. Nubes grises rodaban desde el este y una fina llovizna difuminaba el perfil de la alta costa hacia la cual se dirigía el bote que, con su motor a pleno, saltaba sobre la marejada.

La intuición de James cobraba cuerpo a medida que pasaban las horas. Y hasta tal punto estaba ya convencido de saber lo que se proponía hacer El Capitán, que le resultaba intolerable la ansiedad por llegar pronto a destino.

Dos gaviotas cruzaron ante la proa en vuelo rasante. Y el muchacho no pudo menos que evocar alguna crónica de la guerra del 82, referida al modo como llegaban a las islas los aviones argentinos, rozando la cresta de las olas.

Por fin atravesó el *gomón* una orla de espuma revuelta y encalló en una breve playa de guijarros. El mecánico ayudó a James para desembarcar su motocicleta y emprendió el regreso.

+++

No era fácil tarea avanzar a campo traviesa, repitiendo el recorrido que, caminando, hicieron las tropas inglesas luego de desembarcar en San Carlos, en dirección al todavía denominado Puerto Argentino. Sin embargo, el ágil vehículo que montaba James devoraba kilómetros, esquivando la arista de las rocas y las extensiones donde los depósitos de turba aparentaban ser más profundos. El sol bajaba a espaldas del motociclista y, por momentos, se hacían oír a lo lejos ladridos de perros pastores, alarmados seguramente por el zumbido agudo que producía la marcha de la BSA.

+++

Ya había anochecido cuando James alcanzó el camino que enlaza Port Stanley con Mount Pleasant, emplazamiento de la pista de aviación construida por Gran Bretaña después de la guerra y base de los dos mil infantes de marina destacados por la corona en las islas.

No bien subió al afirmado, apagó el faro de la motocicleta y avanzó casi a ciegas, siguiendo la traza del camino, algo más clara entre las sombras, hacia las luces del cuartel que brillaban a su frente.

Cuando juzgó que estaba suficientemente cerca de su objetivo, escondió el vehículo en un matorral y prosiguió la marcha a pie.

El perfil de las instalaciones militares se recortaba en la noche, iluminadas algunas ventanas y brillando en lo alto las luces rojas que indicaban la presencia de mástiles y antenas. Por fin, sin que su aproximación hubiera sido advertida, James se escondió tras unas piedras y se dispuso a esperar. Entre él y el recinto de la guardia se extendía un amplio playón de cemento donde estaban estacionados dos *Land Rover*.

+++

Lloviznaba de nuevo. Aunque James se cubría con el equipo impermeable que suelen utilizar los motociclistas, estaba incómodo detrás de las piedras, el agua se filtraba por algunos intersticios humedeciéndole el cuello y los tobillos. Mojado, casi aterido, no pudo menos que preguntarse qué hacía allí.

Pues, al fin de cuentas, sólo una intuición premonitoria lo había llevado hasta las cercanías de Mount Pleasant y, a juzgar por lo que veía, nada de lo que ocurría en el cuartel parecía justificar su largo viaje ni su permanencia en el lugar. Tal vez se hubiera equivocado al imaginar las intenciones del Capitán o los plazos que podría haberse fijado para llevarlas a la práctica.

La llovizna formaba una aureola luminosa alrededor de los faroles que alumbraban el playón, cuya superficie brillaba tenuemente. En algún momento nubes bajas llegaban a velar las luces rojas que remataban las antenas. Poco a poco, el sueño se apoderó de James.

+++

Una sucesión de disparos despertó al muchacho. Quien abrió los ojos y observó el playón que iluminaban *a giorno* varios poderosos reflectores convergentes. Por el centro del mismo una figura oscura avanzaba zigzagueando hacia la guardia, rodeada por el pique de los proyectiles que rebotaban en torno a ella. Pronto el atacante respondió el fuego con la metralleta que empuñaba. Grandes cristales del edificio cayeron hechos añicos.

-¡Ahí está El Capitán, no me equivoqué!- exclamó James. Y, resuelto a poner fin a ese descabellado asalto de un hombre solo contra una guarnición entera, saltó de su escondite y se dirigió a la carrera hacia el oficial.

-¡No tiren, no tiren!- gritaba James, en inglés, mientras corría. No tiren, yo me encargo!

Dada la distancia, los centinelas no podían oírlo. Pero sí lo oyó El Capitán, que se detuvo en seco, volviendo el rostro hacia el muchacho.

-¡Jaime, no te metás en esto que es cosa mía!

En ese instante partió otra descarga desde la guardia. Intentó responderla El Capitán pero no alcanzó a enfilear su arma. Varios balazos le dieron en el pecho y cayó hacia atrás, con los brazos abiertos.

James continuó su carrera, pese a que los tiros seguían sonando. Llegó hasta donde había caído El Capitán y se arrodilló a su lado.

Ante la extraña escena el Jefe de Guardia ordenó cesar el fuego.

Y la escena era, por cierto, extraña. Extraña, sobrecogedora, con algo de teatral. El playón vacío, iluminado por la luz vivísima de los reflectores, tamizada apenas por la llovizna. Los destellos rojos que guiñaban en las antenas. Y, ocupando el centro de aquel escenario surrealista, un hombre tendido, de aspecto extravagante; junto a él, de rodillas, un joven cubierto por un brillante traje amarillo. Para completar el cuadro, una luna turbia se asomó desde un desgarrón de las nubes.

-¿Capitán, qué ha hecho?- preguntó James desesperadamente, aunque sabía que su pregunta no tendría respuesta ya que El Capitán había muerto en el acto. Su rostro se mostraba apacible y hasta esbozaba una sonrisa.

James se inclinó y apoyó la cabeza sobre el pecho del caído, ajeno a cuanto le rodeaba. Luego de los disparos, el silencio parecía ser más denso. Perplejos, los soldados ingleses contemplaban el espectáculo.

Fue entonces cuando James J. Jones tomó la decisión que estaba madurando en su subconciencia, desde que El Capitán lo pusiera ante aquella disyuntiva crucial que marcaría definitivamente su existencia.

Apartó los pliegues de la capa que cubría al muerto, bajó el cierre de su campera, desabrochó la ajada chaquetilla militar que aún vestía y descubrió la bandera argentina que llevaba sobre el corazón. Una bala la había atravesado y estaba manchada de sangre.

Respetuosamente, como quien cumple una ceremonia ritual, retiró James la bandera, la besó y se levantó envuelto en ella. Después empezó a retirarse lentamente, dando la espalda al cuartel.

Ya era tarde cuando el oficial de guardia reaccionó, ordenando abrir fuego: Jaime J. Jara se había perdido en la noche.

+++

Ninguna noticia del incidente ocurrido en Mount Pleasant llegó hasta los medios de comunicación. De modo que a nadie, en las Islas Malvinas, sorprendió el hecho de que la silueta de El Capitán siguiera apareciendo allí de vez en cuando, recortándose contra el cielo en la cresta de algún cerro solitario.

GUIÓN PARA PRESENTACIÓN DEL LIBRO EN MENDOZA,
NOVIEMBRE DEL 2006

- Con motivo de la presentación, en la tarde de ayer, del libro de Marta Castellino sobre la novela apocalíptica en la Argentina, me referí a mi peculiar y ya larga relación con Mendoza, que comenzó por razones estrictamente profesionales y culminó con la radicación aquí, por largos años, de mi hija Cata.

- No se me ocurrió suponer, sin embargo, que esta larga vinculación vendría a cristalizar en la edición de un libro mío por editores mendocinos. Circunstancia que celebro pues implica algo así como una culminación de esa extensa y cordial relación que la antecedió. Y a propósito de la cual cedo a la tentación de volver a citar una frase atribuida a San Patricio que ya traje a colación ayer. La frase, muy a propósito para el caso, dice: “Las circunstancias son las órdenes secretas de Dios”.

- En cuanto a esta edición, valoro especialmente la decisión de llevarla a cabo, ya que Las Lecciones del Capitán no es lo que podríamos llamar un libro fácil. Otros míos sí lo son y no creo que un editor hubiera tenido que ser muy audaz para resolverse a publicar algunas novelas como Los Ombuses de Falucho u Operación Algeciras, fáciles de vender. Pero respecto a Las Lecciones la cosa es menos sencilla. No en vano transcurrió bastante tiempo desde el momento en que le puse punto final y el de su aparición. Que debo agradecer a los amigos mendocinos. Confiando en que su decisión de editar este libro haya resultado acertada.

- Pues, modestia aparte, estimo que Las Lecciones merecían ser editadas. Aunque no sean un libro fácil. A mí me costó mucho formar mi propia opinión a su respecto. Que aún no tengo muy clara. A veces me parece un bodrio y a veces me parece lo mejor que haya escrito. En todo caso sí tengo claro que se trata de mi obra más ambiciosa. Según mi amigo Juan Manuel Medrano es mi testamento político. Supuesto que su naturaleza sea solamente política.

- ¿A dónde apunta la obra? Cuando uno escribe tiene siempre un interlocutor tácito al cual se dirige. En este caso, sin que me lo propusiera explícitamente, mi interlocutor fue algún cadete de un instituto de formación militar o un joven oficial recién egresado del mismo. En ellos pensé al redactar el libro, haciéndome cargo de la frustración, el desconcierto y la perplejidad que necesariamente han de embargarlo en los tiempos que corren. Y con intención de contribuir a paliar esa frustración, a mitigar ese desconcierto y a orientar esa perplejidad.

- Pero, si bien imaginé a un cadete como destinatario del trabajo, el mismo, en realidad, está dirigido a un público más amplio, preferentemente juvenil pero no necesariamente joven. Y, sin perjuicio de las veinte lecciones que, específicamente, lo componen, contiene un mensaje que, a mi entender, define el conjunto. Procuraré explicarlo, formulando a la vez algunas aclaraciones a su respecto que estimo necesarias.

Cuando se habla de la Guerra de Malvinas es frecuente que, incluso con muy buena intención, se la presente como una empresa heroica y como héroes a todos los que participaron de ella. Lo cual es un error, no sólo grave sino dañino. A este aspecto me referí en el prólogo que escribí para el libro “Halcones de las Malvinas”, del comodoro Carballo, señalando que el heroísmo consiste en una

conducta excepcional, con un componente de desmesura que le otorga un carácter singularísimo. Y que en las acciones del 82 hubo muchos hombres que cumplieron correctamente con su deber sin que por ello merecieran el calificativo de héroes. Agregando al respecto que excederse en atribuir carácter heroico a todos los comportamiento correctos registrados durante la guerra es devaluar el heroísmo y menoscabar a los verdaderos héroes. Que los hubo por cierto. Y a los cuales debemos rendir conmovido homenaje.

Manfred Schönfeld, un judío alemán que fue un gran argentino, sostenía que los países soportan un cierto número de cobardes. Y que, superado ese número, las naciones desaparecen, se licúan. Agradeciendo a las Guerra de las Malvinas haber suministrado el puñado de héroes (no muchos) indispensables para que la Argentina no se disuelva.

Y mi libro se dirige a eso. A exaltar el gesto heroico, la acción desmesurada y ejemplar apta para conservar la existencia de la Patria.

- Quizá no sea necesario aclarar que la acción redentora del Capitán es una metáfora. No estoy proponiendo acciones locas destinadas al fracaso de antemano. Lo que estoy proponiendo, mediante una hipérbole poética, es ponerse en actitud de, llegado el caso, empeñar vida y hacienda para levantar la Patria de la postración en que está sumida. Propuesta que ya formulé en un soneto que me parece oportuno leer para finalizar esta presentación. Se llama “Ser argentino, amigos”, apareció en “Gladius” hace bastantes años y dice:

*Ser argentino, amigos, es algo que acontece,
es algo que se aprende y después no se olvida.
Es un temple del ánimo y una emoción que crece,*

es una decisión, vigilante o dormida.

*Es advertir de pronto nuestra alma conmovida
al oír un galope que la tarde estremece
o aspirar un aroma de tierra humedecida
o al ver una bandera que en aire se mece.*

*Ser argentino, amigos, consiste, me parece,
en sentirse partícipe de una guerra perdida
y, pese a la derrota, conservarse en sus trece.*

*Es conservar jirones de gloria compartida
y es saber que algún día, si el motivo se ofrece,
deberemos jugarnos, sobriamente, la vida.*